

A mi apreciado amigo y ágil
oculor, Señor Don Nicolás Jimé-
nez, atentamente.

M. S. Escobar

Roma 9/10/1924

MEDALLONES

(BREVES APUNTES HISTÓRICOS)

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N° 1.537 ▲

FECHA DE CONSTATAION ... Diciembre 1.950 ..

VALOR S/. 15,00

CLASIFICACION

OBRAS DEL AUTOR

Motivos galantes (poesías), Santiago, 1915.

La República del Ecuador (prosa), Valparaíso, 1916.

Kaleidoscopio (prosa), Yokohama, 1922.

EN PREPARACIÓN:

Glosario Sentimental (poesías).

VICTOR HUGO ESCALA

Condecorado por el Gobierno de Venezuela con el « Busto del Libertador » y la « Medalla de Instrucción Pública »; por el Gobierno de Chile con la orden « Al Mérito »; por el de Cuba con la encomienda de « Honor y Mérito ». Miembro correspondiente de la « Real Academia de Ciencias y Artes » de Cádiz, de la « Sociedad Académica de Historia » de París, y de la « Sociedad Latino-Japonesa » de Tokyo.

MEDALLONES

ROMA

« GRAFIA » - S. A. I. INDUSTRIE GRAFICHE

Via Federico Cegi, n. 45

MCMXXIV

DEDICATORIA

A los Héroes Ecuatorianos, a los iniciadores de la Independencia Americana, que en 15 años de lucha desigual y sangrienta (1809-1824), afirmaron definitivamente la causa de la libertad, en la memorable Batalla de Ayacucho.

Roma, Octubre de 1924.

V. H. E.

LUZ DE AMÉRICA

La revolución efectuada en Quito, el 10 de Agosto de 1809, fué, por sus hermosas consecuencias libertadoras, un grande acontecimiento histórico, que el Continente Americano debe registrar con piedra blanca.

Anteriores a ese noble gesto de energías ciudadanas, que reclamó del Absolutismo Borbónico el cese de la opresión, apenas si se habían producido, en la América Colonial, motines de resistencia localizada, motivados la mayor de las veces por el rigorismo con que se aplicaban las Ordenanzas Reales. Claro está que en el fondo de algunas de esas rebeliones se agitaba un anhelo de libertad, cristalizado y finalmente definido en la revolución quiteña del año 1809.

Antes de ocuparnos de este trascendental suceso, que le valió a Quito, por disposición unánime del primer Congreso de Chile, el título de «Luz de América», registraremos, como tentativas dignas

de mención, el levantamiento libertario de 1580, realizado por el criollo quiteño, Diego de Torres, intentona que tuvo más tarde, en 1592, su secuela sangrienta con el motín llamado de las « Alcabalas »; la revolución de los « Estancos », ocurrida también en la brava Quito, en 1765, y terminada debido a que las Autoridades Reales transaron con las exigencias del pueblo; la fugaz intentona de restablecimiento incásico, en el Cuzco; la reñida asonada de Chuquisaca, en el Alto Perú; y el desembarco libertario de Coro, efectuado en 1806 por el precursor de la independencia americana, general don Francisco de Miranda, que desgraciadamente fracasó en su primer intento de libertar a Venezuela.

* * *

Los más ilustres quiteños, descendientes de hidalgos españoles, de quienes habían heredado singular coraje y denodado patriotismo, preparaban desde 1808, en los « Obrajes de Chillo », el golpe de rebelión que estalló el 10 de Agosto del siguiente año. La tesonera propaganda de pensadores eminentes como Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, redactor del periódico *Primicias de la Cultura de Quito*; José de Mejía y Lequerica, orador de arrebatadora palabra, y el doctor An-

tonio Ante, enciclopédico imbuído en las doctrinas francesas, prepararon la base moral del gran movimiento rebelde, que halló eco decisivo en el templado carácter y arrojo temerario del alma popular quiteña, rosa de sangre y sacrificio que, alzándose sobre el Pichincha, expande su perfume de gloria sobre el vasto suelo ecuatoriano.

Doña Manuela Cañizares, matrona quiteña de temple singular, congregó en su casa, en la memorable noche del 9 de Agosto de 1809, a los principales conjurados, los marqueses criollos de Selva Alegre, de Villa Orellana y de San José; los ciudadanos Manuel Matheu, Juan de Dios Morales, Juan de Salinas, Manuel Larrea, Manuel Rodríguez de Quiroga, Antonio Ante, Feliciano Checa, el cura don José Riofrío, Juan Pablo Arenas, Manuel Zambrano, José de Ascásubi y otros más. En casa de la heroína Cañizares, los padres de la Patria Ecuatoriana, en la agrupación heterogénea que corresponde a las grandes jornadas de la libertad, resolvieron desconocer, por írrito e ilegal, el gobierno autocrático del Rey de España. Allí, en esa casa que la ciudad de Quito conserva como el más venerado de sus monumentos, designóse la Junta Suprema del primer gobierno *libre* de la América que va de Méjico a la Tierra del Fuego. Su Presidente, Juan Rio de Montúfar, Marqués de

Selva Alegre, fué quien firmó las circulares de independencia, que el nuevo gobierno envió a todos los Cabildos de América, instándolos a que se rebelasen y prestasen su apoyo a la independencia proclamada en Quito. De esa casa, tabernáculo de la libertad, salieron en la madrugada del 10 de Agosto los coroneles criollos, Salinas y Zambrano, a tomar el mando de las tropas que, influenciadas secretamente por los conspiradores, debían congregarse en la Plaza Mayor para sellar, decisivamente, la deposición de las autoridades españolas. De los salones de la señora Cañizares se dirigió a Palacio, envuelto en su severa capa castellana, el doctor Antonio Ante, portador de la gran Acta de Independencia, que luego puso en manos del ex-Presidente de la Real Audiencia de Quito, Conde Ruiz de Castilla, quien, entre dormido y despierto, desvanecida la que él creyera pesadilla, dirigióse a la puerta de su dormitorio para ordenarle al centinela que apresase al doctor Ante, orden que el soldado patriota contestó con estas palabras:

— El prisionero es usted, por orden de la Junta Suprema de la libre Quito!

* * *

Después de estos importantes sucesos, desarrollados vertiginosamente en la histórica madrugada del 10 de Agosto de 1809, Quito, la cuna de los indomados Shyris, la sultana de los Andes, que cautivó para siempre el corazón del Inca Huayna-Capac, se entregó a esas jubilosas expansiones propias del enfermo que recobra la salud o del preso que abandona para siempre el dintel de la cárcel...

Al Cabildo desfilaron los padres de familia, los ancianos, los jóvenes, las mujeres y los niños: el pueblo entero en el noble y augusto ejercicio de su soberanía!

Todas las autoridades españolas fueron reemplazadas por funcionarios quiteños. Se anularon rancios privilegios y odiosas jerarquías; se declararon sin efecto las Ordenanzas del Rey, disponiéndose la inmediata formación de un Estatuto Republicano y, por último, se organizaron las fuerzas militares que, al correr de pocas semanas, deberían enfrentarse con los soldados de la Monarquía.

El magnífico sol quiteño que, desde el ecuador celeste, quiebra sus verticales rayos en las nieves del Pichincha, reveló en sus irisaciones la bandera

de Miranda, el lábaro tricolor, el iris que más tarde, en las faldas del mismo volcán, habría de sostener con los dientes el abanderado del « Yaguachi », ABDON CALDERON.

* * *

La revolución de Quito, a pesar del brillante éxito con que se realizó, no tuvo, en la oprimida América, eco inmediato, mucho menos apoyo moral o efectivo.

Al cabo de algunos meses, amargado por contrariedades y emulaciones propias de toda revolución, renunció el primer Presidente de la Junta Suprema, don Juan Pío de Montúfar, y su renuncia fué fatal al gobierno libre de Quito; pues que entró a reemplazarle don Juan José Guerrero, patriota vacilante, quien al informarse de las derrotas de los coroneles quiteños Zambrano y Ascásubi, entró inconsultamente en tratos con el Conde Ruiz de Castilla, la depuesta autoridad española que el nuevo gobierno, para asegurar mejor la vida del los patriotas que cayeren prisioneros, tenía como rehén, en la prisión de Iñaquito. Naturalmente que Ruiz de Castilla accedió a todo lo que le pedían el coronel Salinas y don Juan José Guerrero, Conde de Selva Florida, que, como el título lo indica, era

un notable criollo, ennoblecido anteriormente por el Rey de España.

Ruiz de Castilla reasumió el gobierno, barnizándolo de una irrisoria autonomía; más, en sabiendo que el Virrey Pérez Brito, de Santa Fe, había despachado a Dupret y Angulo, con un millar de hombres, y que el Virrey Abascal, del Perú, había enviado de Lima al coronel Arredondo con 500 fusileros y ordenado al brigadier Melchor Aymerich que avanzase de Cuenca con 2000 soldados, Ruiz de Castilla echó por tierra todo lo pactado y proclamó nuevamente el absolutismo del Rey.

La revolución de Quito, estrechada por tropas granadinas procedentes de Santa Fe y por los párdos limeños del coronel Manuel Arredondo, parecía extinguirse bajo las cenizas que le aventaban estos infelices americanos, ignorantes del alto bien de la independencia; pero un año de sangriento combatir, agravado por la felonía de Ruiz de Castilla y el nefando crimen del 2 de Agosto de 1810, bastaron para que la llama de la libertad prendiese incendios en las principales ciudades de la Colonia, exceptuada naturalmente Lima que, convertida en recio bastión de la Monarquía, tuvo la señalada fortuna de atraer más tarde a los grandes libertadores y verlos guerrear por la inde-

pendencia de todo el Continente, en la grandiosa batalla de Ayacucho.

La revolución del 10 de Agosto de 1809 fué, pues, por sus grandes consecuencias, la *primera* revolución libertadora de la América comprendida entre el Río Bravo y el Estrecho de Magallanes; y bien hizo el primer Congreso de Chile en titular a Quito « Luz de América »; y bien hizo la Ilustre Municipalidad de Caracas, como primer acto libre de 1810, en acordar señalados honores para la capital ecuatoriana; y bien hizo Bolívar al dedicarle estas imperecederas palabras en su mensaje de 1822: « Quito llevará siempre consigo el rasgo más distintivo de su gran desprendimiento y del convencimiento más perfecto de una política sublime y de un patriotismo acendrado ».

SANGRE DE MARTIRIO

Vuelto Ruiz de Castilla al gobierno de la Real Audiencia de Quito, y avisado de que el brigadier Aymerich se hallaba en Ambato, frente a 2000 defensores del Rey, recomendó al sombrío Fiscal, Tomás Arrechaga, que incluyera en su voluminoso proceso de conspiración armada a cuantos quiteños hubiesen concurrido al Cabildo independiente del 10 de Agosto de 1809.

Al correr de pocos días el terrible Arrechaga daba fin a sus labores procesales, enviando al Virrey de la Nueva Granada 450 fojas de acusación y metiendo en presidio, bajo la custodia de Arredondo y los 500 pardos de Lima, a los siguientes patriotas: Juan de Dios Morales, ex-Ministro de lo Exterior, Manuel Rodríguez de Quiroga, ex-Ministro de lo Interior, presbítero José Riofrío, coroneles Juan de Salinas, Nicolas Aguilera, Antonio y Nicolás de la Peña y Francisco Javier de Ascásubi, capitán José Vinueza, tenientes Juan Larrea, Manuel

Cajías y Mariano Villalobos, diputados Juan Pablo Arenas, Atanasio Olea, Vicente Melo, Tobar y otros más hasta pasar de 60 el número de próceres encarcelados por obra y gracia de Ruiz de Castilla que, después de un año de haber guardado considerada prisión en Iñaquito, cobraba venganza sintiéndose fuerte y bien respaldado por las tropas despachadas contra Quito desde Bogotá, Lima, Panamá, Cali, Pasto, Cuenca y Guayaquil.

* * *

Sin duda debido a que muchos patriotas — los más acaudalados — habían logrado ocultarse y escapar a las órdenes de prisión expedidas por el Fiscal Arrechaga, sucedió que el coronel Arredondo deseoso tal vez de explotar a los Marqueses de Selva Alegre y Villa Orellana y a los Condes de San José, Casa Jijón y Villa Florida, principales fautores de la revuelta, hizo propalar, por boca de sus testaferreros, los capitanes del « Real de Lima » Barrantes y Galup, que no se esperarían la sentencia de Bogotá para fusilar a todos los prisioneros, pues que era urgente el escarmiento a fin de cobrar la fuga de los principales y aristócratas revolucionarios. La trinidad verduga de Ruiz de Castilla Arrechaga y Arredondo extremó de golpe sus rigore

contra el noble pueblo quiteño, apoyándose los tiranos en las tropas que, como anillo de esclavitud, oprimían a la brava ciudad de Atahualpa. Fuerzas de Nueva Granada al mando del comandante José Dupret; soldados de Panamá, al mando del comandante Juan Alderete; batallones de Popayán y Pasto, comandados por el coronel Gregorio Angulo; milicianos de Cali, al mando del comandante José María Quijano y los 2000 hombres con que el brigadier Aymerich se había atrincherado en Ambato, daban al coronel Arredondo y sus cómplices la garantía suficiente para perpetrar uno de los más grandes crímenes que registra el martirologio de la Humanidad.

Pero el pueblo, la altiva plebe que lleva en sus venas sangre de los Quisquis, Calicuchimas, Rumiñahuis y demás vencedores del grande Imperio del Cuzco, conjuróse para asaltar el Presidio, libertar a los ilustres prisioneros y, restableciendo la autonomía burlada, cobrar al Conde Ruiz de Castilla los compromisos pactados con don Juan José Guerrero, ex-Presidente de la Junta Suprema de Gobierno, y con el coronel Juan de Salinas, ex-jefe de las milicias quiteñas.

* * *

El 2 de Agosto de 1810, fecha gloriosísima para la República del Ecuador y de honra palmaria para toda la raza indo-española, a plena luz meridiana, sin más armamento que pistolas y puñales, los titanes quiteños: José Jérez, Landáburu, Pereira, Silva, Rodríguez, Mideros, Albán, Godoy, Morales, Mosquera, los hermanos Pazmiño y otros rindieron, por asalto, los cuerpos de guardia del Presidio y del « Real de Lima » que, inmediato a la cárcel, custodiaba con sus 500 mulatos a los inermes patriotas.

Vencidas completamente las dos guardias y sembrado entre las tropas un pánico indescriptible, los heroicos asaltantes ya violentaban los pesados barrotes para libertar a los prisioneros cuando, informado del audaz golpe, el coronel Angulo, jefe de las tropas venidas de Popayán y Pasto, disparó sus cañones contra la pared posterior del « Real de Lima » y penetró con sus tropas por el abierto forado, entablando la lucha y permitiendo a los aterrorizados limeños restablecerse y disparar sus armas.

Colocados los asaltantes entre dos fuegos, tuvieron que abrirse paso a filo de cuchillo, hasta

ganar la puerta para aprestarse luego a una lucha que habría de ensangrentar, por algunas horas, las calles de la indomable ciudad.

Mientras tanto Arredondo, reconquistado su cuartel con el auxilio de los granadinos, halló, en el arrojado asalto de los quiteños, el mejor pretexto para la inmediata satisfacción de sus venganzas. Sin reflexionar en la enormidad y cobardía del crimen, ordenó al capitán Galup que hiciese asesinar a todos los patriotas, orden que los pardos de Lima cumplieron en el acto, con inaudita crueldad.

Para describir la masacre de los aherrojados patriotas necesitaríamos la frase mordente de Tácito, el verbo arrogante de Montalvo o el estilo acusador de Martí. Los soldados del « Real de Lima », igual que las hienas de las dunas africanas, se cebaron en sus indefensas víctimas, sin respetar las mujeres, muchos menos las canas del anciano, ni el ábito del sacerdote...

* * *

Como ya lo hemos dicho, el ataque de los titanes quiteños fué sorpresivo hasta en la hora de su ejecución — las 2 de la tarde — precisamente cuando menos podían temer una sorpresa los defensores del Rey.

Muchos de los presos, ayunos del noble propósito de los atacantes, recibían ese día las visitas de sus familiares. El ex-Ministro de lo Interior, don Manuel Rodríguez de Quiroga, fué vilmente masacrado en presencia de sus dos hijas, que en vano se arrodillaron demandando piedad de los pardos asesinos; el coronel Nicolás de la Peña, fué victimado en unión de su bella y distinguida esposa, doña Rosa Sárate; el capitán Juan Larrea, fué acribillado a balazos en unión de su joven esposa, doña Isabel Bou, quien resultó gravemente herida; doña María de la Vega, esposa del bizarro coronel Salinas, fué extraída de su casa para que contemplase el ensangrentado cadáver de su esposo, espectáculo macabro que produjo, al poco tiempo, la muerte de la infeliz viuda...

En los sombríos calabozos no se salvó ningún patriota y, juntamente con los ya nombrados y con algunos de los atacantes, perecieron los próceres: Juan de Dios Morales, Juan Pablo Arenas, Antonio de la Peña, José Riofrío, Nicolás Aguilera, Francisco Javier de Ascásubi, Mariano Villalobos, Atanasio Olea, Manuel Cajías, Vicente Melo, José Vinuesa, Tobar y otros hasta pasar de 60 ¡Todos, todos vil y cobardemente asesinados por mandato del coronel realista, Manuel Arredondo, jefe del batallón « Real de Lima », fuerte de 500 plazas!

Consumada la feroz carnicería, Arredondo sacó sus tropas y agregadas éstas a las fuerzas granadinas del comandante Dupret y a las pastusas del coronel Angulo, trabaron batalla con el pueblo de Quito que, haciendo de cada casa una fortaleza y de cada cuchillo una arma decisiva, castigó merecidamente a las tropas invasoras, matándoles más de 100 soldados y no pocos oficiales. Este singular combate, que puso de relieve la valentía aragonesa de los quiteños, duró hasta las 6 de la tarde, y sólo terminó gracias a la piadosa intervención del Ilustrísimo Obispo de Quito, el gran patriota Don José de Cuero y Caicedo, quien exigió a Ruiz de Castilla su inmediata dimisión e hizo prometer a los jefes Arredondo, Angulo, Quijano y Dupret que al día siguiente evacuarían Quito, llevándose sus tropas sin esperar órdenes de los Virreyes Pérez Brito y Abascal.

* * *

La reñida y sangrienta lucha del 2 de Agosto de 1810 afirmó, con la solemne majestad del sacrificio, la independencia proclamada el 9 de Agosto del año anterior. La nobilísima sangre quiteña no se derramó en vano, pues que ella había inspirado ya a Caracas, Buenos Aires y Bogotá, y ahora

decidía por la causa libre a Méjico y Santiago de Chile.

¿Y qué fué de los absolutistas verdugos, ordenadores de la bárbara masacre?...

El Conde Ruiz de Castilla, acosado por sus remordimientos, murió de súbito mal, en la ciudad que él había ensangrentado; el Fiscal Arrechaga, atenaceado por la conciencia, murió oscuramente en Oruro del Alto Perú; y el cobarde Arredondo, ascendido a brigadier por el Virrey Abascal, fué vergonzosamente derrotado en Guaranda, donde el coronel patriota Carlos de Montúfar le quitó los seis cañones que había traído de Lima, cañones que los quiteños utilizaron en las campañas de 1811 y 1812.

De los titanes que asaltaron en 1810 el batallón « Real de Lima » sobrevivió, combatiendo siempre por la patria, hasta Diciembre de 1812, el valientísimo Landáburo, quien, defendiendo la bandera de Quito, recibió en el combate de Yaguarcocha trece heridas de lanza.

¡Loor, palma de martirio y laurel inmarcesible, para el heroico pueblo quiteño!

EL HÉROE DE MOCHA

El año de 1812 fué fatal para la independencia ecuatoriana.

Cierto que los coroneles quiteños Carlos de Montúfar, Francisco Calderón y Feliciano Checa habían vengado con creces, en una veintena de audaces combates, la matanza de los inermes patriotas, ordenada por el coronel Arredondo, a raíz del asalto y toma del cuartel « Real de Lima » que, como bien se sabe, ocurrió en Quito el 2 de Agosto de 1810. Muy cierto también que en dos años de reñido combatir habían desaparecido los inspiradores y ejecutores de la bárbara masacre.

Parecía, pues, que la causa quiteña en vez de abatirse se afirmaba cada vez más, de suerte que la Monarquía, por medio de los Virreyes de Santa Fe y Lima, resolvió aplastar, en guerra decisiva, la noble revolución que se creyó extinguida por el asesinato y el terror.

Tres generales, de habilidad y valor comprobados en las guerras napoleónicas de la Penín-

sula, recibieron el encargo de abatir prontamente a los quiteños, empresa que lograron gracias a la enorme ventaja del número y sólo después de las reñidas acciones de Mocha, San Antonio, Yaguarcocha (lugar ensangrentado en las guerras contra Huayna-Capac) y Tambo. Estos escogidos generales fueron: Toribio Montes, director supremo de la guerra; Melchor Aymerich, forzado a replegarse en Cuenca debido a la derrota que Arredondo sufriera en Guaranda, y Juan Sámáno, que pronto ganaría negra celebridad por sus instintos feroces. Este jefe español fué para la independencía ecuatoriana lo que Boves para la heroica Venezuela.

* * *

El general Montes abrió la campaña de 1812 con un habilísimo avance táctico, en combinación con las fuerzas realistas de Cuenca. Al correr de dos meses el jefe español se había movido de la costa hacia la cima de los Andes, logrando faldear la enorme jiba del Chimborazo y unirse, finalmente, a las tropas de Cuenca, con las que su división llegó a 2700 soldados, fidelísimos a la causa del Rey.

Con rigurosa cautela, y ayudado por el espionaje de los curas españoles, Montes avanzó hacia el norte en demanda de las fuerzas patriotas que,

fuerte de 1000 hombres, bien valían por toda su división; pues el general realista no ignoraba los brillantes sucesos de 1810, ni las duras derrotas infligidas a Arredondo y a Tacón.

Al correr de pocos días, deseando efectuar un movimiento envolvente y sorpresivo, Montes despachó, por la vía de San Miguel, 500 hombres al mando del coronel Eagart.

El jefe patriota, coronel Checa, en vez de mantenerse a la expectativa, con su división intacta, atrincherada, fresca y lista para todo evento, cometió el error de desprender una fuerte columna cuyo mando confió al ilustre doctor Antonio Ante. Los quiteños sorprendieron y batieron a los españoles en el pueblo de San Miguel, causándoles muchas bajas, entre otras las del valiente Eagart; pero mientras la Patria prendía a su corona esta hoja de laurel, Toribio Montes, con el grueso de su división sorprendía en Mocha, en la madrugada de 2 de Setiembre de 1812, a las tropas del coronel Checa.

A QUITO

EN EL 10 DE AGOSTO DE 1809

Fué en el imperio del dolor y el llanto,
cuando alzaba su trono la opresion,
que diste la señal de rebelión
con tu grito de Agosto, sacrosanto!

Adormida la América, entre tanto,
no escuchó tu clamor de redención;
y en tu sangre, de roja ebullición,
se empaparon los *tercios* de Lepanto...

Hoy de tu grito el eco varonil
repercute sintético y viril
en los pueblos que ampara el Ecuador.

Tu grande hazaña te valió la cruz!...
pero eres, por tu gloria y tu valor,
de América redenta, lauro y luz!

EL GENERAL MIRANDA Y LA PRIMERA BANDERA LIBRE DE AMÉRICA

Fué en el año de 1806 cuando flameó, desde el cielo que va de California al Río de la Plata, la primera bandera libre de los vastos territorios conquistados por la España de Isabel la Católica y de Carlos Quinto. Fué en ese año de gracia que flotó el primer pabellón americano, el majestuoso lábaro mirandino que miles de héroes seguirían después, hasta afirmarlo definitivamente en la memorable Batalla de Ayacucho.

Esa ilustre y aguerrida bandera, compuesta de tres fajas horizontales: *amarillo*, *azul* y [*rojo*], fué la izada por el general venezolano, Francisco de Miranda, en la expedición libertadora que él equipó en Nueva York y condujo hasta el puerto de Coro, en la costa de Venezuela.

La escuadra de Miranda, compuesta de los buques « Leander », « Bacchus » y « Bee », paseó el magestuoso estandarte por la costa oriental de

correspondían perfectamente bien a la vasta ilustración de Miranda y a su apuesta figura.

Sir Arthur Wellesley, más tarde afamado Duque de Wellington, fué íntimo amigo del conspirador caraqueño.

* * *

En Londres fundó Miranda la sociedad secreta « Logia Lautaro », con ramificaciones en la mayor parte de las colonias españolas del Nuevo Mundo. Esa sociedad no tenía otro propósito que laborar asiduamente por la independencia americana. Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O'Higgins, Nariño, Zea, Bello, Peñalver, Gual, Espejo, Antepara y otros americanos ilustres se afiliaron a la « Logia » y cumplieron más tarde, con el holocausto de sus vidas, el juramento de libertad.

Viajando por Europa, Miranda movió todos los resortes favorables y posibles a la causa de la independencia. Ayudado por su talento y su gallardo talante, Miranda visitó las principales Cortes del Viejo Mundo: fué huésped, en Kanoff, del Rey de Polonia, y más tarde, en Kiew, durmió en las alcobas imperiales de Catalina de Rusia...

Su idilio con la autócrata moscovita le decidió a descubrir sus planes libertarios y a solicitar, con franqueza, decisivo apoyo bélico, que la poderosa Emperatriz no le acordó en la forma pedida porque éso de América y de hacer libres a unos pocos millones de «seres con plumas», pareció a Catalina cosa fantástica, aventurada y difícil. Pero Miranda era el empicinado de un noble ideal y, aparte del supremo deleite, las ricas condecoraciones y los valiosos regalos, obtuvo de su *maîtresse* carta blanca para todas las Embajadas Rusas, recomendaciones especiales para los grandes estadistas del Viejo Mundo y, más que todo — en la tarde inenarrable de la despedida —, la sugerencia de la bandera que debería alzar en su expedición libertadora.

— General, le dijo Catalina — el cielo os ofrece el arco de la esperanza! Adoptad sus colores y tened confianza en el iris, porque él os dará la victoria.

* * *

Así que estalló la Revolución Francesa, Miranda comprendió la universalidad política de este acto y su inevitable resonancia en las esclavizadas Colonias. Trasládose en seguida a París; hízose conocer de algunos Convencionales, y en

un brillante discurso pronunciado en la Asamblea Nacional, ofreció sus servicios a la nueva causa.

Dirigió la campaña de Flandes, y por el valor y pericia desplegados en ella, Dumouriez designó al general venezolano para reemplazar al inhábil general Labordonnaye. Más tarde, el *convencional* Pache, Ministro de la Guerra, encargó a Miranda que tomase el mando de la división confiada al general Valence; pero el traidor Dumouriez, celoso del creciente prestigio del caraqueño, achacó a éste una grave falta cometida por el general Champmorin.

Miranda fué llamado a París y encerrado en la prisión de La Force.

No quiso aceptar la defensa que ofrecía hacerle su querido amigo, el diputado Vergniaud. Miranda, con elocuencia aplastante, deshizo todos los cargos del mendaz Dumouriez y escapó brillantemente al trágico beso de la guillotina.

Pasado algún tiempo, por intrigas del bilioso Robespierre, el insigne precursor, acusado de servir a Pitt, fué metido en la cárcel de Madelonnettes, donde se le tuvo hasta 1795, salvándose milagrosamente de ir al cadalso, con los centenares de víctimas que el gran venezolano veía subir diariamente en el sombrío carretón.

* * *

Pasados los rojos años del Terror, desenredado el enorme ovillo de las intrigas y evidenciada la traición de Dumouriez, Francia rindió el más alto homenaje al general venezolano, Don Francisco de Miranda, Teniente General de los Ejércitos de la Primera República Francesa.

El Emperador Napoleón hizo grabar el nombre del caraqueño en el grandioso Arco del Triunfo de la Estrella, y mandó colocar el retrato de Miranda en la suntuosa Galería de las Batallas del Palacio de Versalles, junto a las inmortales figuras de Condé, Turenna y los grandes Mariscales de Francia.

* * *

El precursor de la independencia americana y, por mil títulos, hombre ilustre de la Humanidad, fué vilmente traicionado por el brigadier español Domingo Monteverde, quien haciendo fisga de los Pactos de Maracay, le aprisionó en 1812 y le envió, bajo partida de registro, al sombrío presidio de « La Carraca », en Cádiz.

Allí, después de cuatro años de cautiverio muy penoso, murió el general Francisco de Miranda;

pero su bandera, el noble lábaro *amarillo, azul y rojo*, flameó en las manos de Bolívar desde el Orinoco hasta las fuentes del Río de la Plata; voló al cielo con Ricuarte, en San Mateo; la sostuvo con los dientes, en la batalla de Pichincha, el mutilado Abdón Calderón; y desafió en Pativilca, como brazo proteico, a las conjuradas fuerzas del Destino!

Finalmente el gran Libertador — tal vez para integrarla al arco iris que la inspiró — escaló con ella el Chimborazo y, agitándola entre las nubes, dijo al Universo su inmortal « Delirio ».

EL ABOLENGO DE BOLÍVAR

Desde hace una veintena de años ha tomado grande aliento el estudio histórico de la independencia americana y del genio que la realizó en las acciones finales de Junín, Ayacucho y Callao.

En las historias de Restrepo, Baralt y Fermín Cevallos se han estudiado los orígenes y vida del Libertador. La obra panegírica de don Felipe Larrazábal es muy copiosa en sus noticias; pero aún mejor que en estos libros, ambos asuntos están bien descritos en las documentadas «Memorias» del general irlandés, Daniel Florencio O'Leary.

Otros historiógrafos notables, como Luis Peru de Lacroix, Benjamín Vicuña Mackenna y Lino Duarte Level han aportado, en sus escritos, preciosas noticias sobre Simón Bolívar: únos, tomándole en su primer viaje a Europa, por la larga vía de Méjico y Norte América; ótros, como estudiante en Madrid, o ya casado con su aristócrata pariente, la Marquesa de Toro y Alayza.

El mismo Larrazábal, tan rico en documentos y referencias, nos lo pinta nacido en fastuosa y noble mansión, huérfano en temprana edad, revelando su ímpetu infantil en las vastas haciendas del valle de Aragua. El colegio, el claustro, la simetría gangosa y cansina del maestro de escuela, eran cosas que no se compadecían con el vivaz espíritu del niño Simoncito, pues que precisaba de un verdadero maestro, de un hombre de amplia mentalidad, como se aconseja en el « Emilio » de Rousseau; y este hombre fué hallado en la persona del notable enciclopédico, don Simón Rodríguez, tocayo de Bolívar, su maestro y sus camarada en los largos viajes por Europa.

Corresponde al ilustre español, Iturriza, al estudiar en su *Historia de Vizcaya* los abolengos éuskaros, el haber señalado el verdadero y nobilísimo origen de la familia del Libertador.

* * *

Julio Mancini, distinguido diplomático francés, publicó hace pocos años una interesantísima obra sobre la personalidad de Bolívar. Su trabajo interesó vivamente al mundo de las letras: una Academia de París le acordó los honores de una medalla.

A Rufino Blanco-Fombona corresponde el valioso mérito de haber silenciado a los folicularios sanmartinistas que, presos de palmaria envidia, se habían dado a la tarea *mitresca* de calumniar al Libertador, falseando la historia, intepretando torcidamente los documentos y deduciendo, en exégesis perversas, malos propósitos, errores o egotismos donde sólo se concibieron altos ideales, nobles acciones y sinceros beneficios para la causa de la Independencia.

El presbítero Carlos Borges, Vicente Lecuna, Cornelio Hispano, Francisco Rivas Vicuña, Germán Leguía Martínez y otros notables historiógrafos contemporáneos han secundado, a maravilla, la brillante campaña de verdad y justicia emprendida por el gran polemista, Blanco-Fombona. Hoy, más que nunca, la imagen de Bolívar se impone con los relieves de todas sus grandes etapas: noble y olímpica, como la grabó David d'Angers; augusta y majestuosa, como la pintó el peruano Gil; austera y llena de altas y tristes grandezas, como la esculpió Tenerani...

Imposible negarle a otros libertadores su mérito, pues que hicieron obra inmortal en legándonos patria y libertad; pero no todos hicieron la obra acabada, noble, heroica y genial que el Destino encomendó al cerebro y corazón de Bolívar.

Muchos de nuestros próceres se alistaron por instinto de rebeldía; por espíritu aventurero o por simple *sport* militar. A ótros, como bien lo observa el historiador español, Camba, les empujó contra las banderas del Rey, un desengaño, una venganza personal, la pérdida de un empleo o el fracaso de una prebenda nobiliaria.

Fueron pocos los que nacieron rechazando la tutela de España; fueron contadísimos los sinceramente devotos a la causa de la Independencia, como Miranda, Sucre, San Martín, los Carrera, O'Higgins, Páez, Urdaneta, Bermúdez, Anzoátegui, Salom, Santander, Ibarra, Córdova y La Mar; y fué solamente *úno* quien juró, ante la austera Roma de los Cónsules, la libertad de América y el afianzamiento del régimen republicano en el mundo de Colón

* * *

Bolívar, por su nobilísima estirpe, fué recibido en la Corte de España, donde logró intimar con el joven Príncipe de Asturias, último Soberano de los vastos territorios conquistados por España.

Como curioso presagio, que todos los historiadores comentan con especial atención, recordaremos la aventura de Aranjuez. Una tarde en

que Bolívar y el Príncipe de Asturias jugaban a la pelota en el famoso parque romantizado por María Luisa y el *valido* Godoy, el vehemente joven caraqueño derribó, con un terrible golpe de raqueta, a quien más tarde desposeería de sus dominios para entregarlos a la Libertad...

Por la pureza de su sangre y por su esmerada educación, Bolívar fué recibido en los salones más aristócratas y herméticos de Madrid, Londres, París, Viena y Roma. En la capital de Francia, donde prodigó con mano abierta sus caudales, impuso hasta una moda, *le chapeau à la Bolivar*, de la que se ocuparon largamente las crónicas de la época.

El marino italiano, José Bianchi, cuando fué a visitarle en su residencia de la « Piazza di Spagna », se quedó pasmado ante su lujoso equipaje, que Bianchi dijo ser igual al de un Embajador de Austria o al de una Eminencia Cardenalicia.

Como todo noble de sana extracción, Bolívar era sobriamente elegante, sin abatir con la insolencia del lujo a los demás. Los hermanos Amunátegui, en su interesante *Vida de Don Andrés Bello*, cuentan que cuando éste fué a Londres, como Secretario de la Misión Diplomática que Venezuela confiara a Don Simón, sucedió que Bello pudo presentarse con lujo ante los Pares de Inglaterra,

gracias a las generosas maletas de Bolívar. Hasta en sus últimos años el eminente autor del « Código Civil Chileno » conservaba, con orgulloso cariño, un magnífico pantalón de paño blanco que, dos o tres veces, había usado antes que Don Andrés, su primer dueño, el Libertador.

* * *

Como Bolívar no dejó descendencia de su matrimonio con la Marquesa de Toro y Alayza, resulta nuestro Libertador el último retoño de una vieja estirpe de Capitanes vascos, cuya divisa nobiliaria es: la hoja de laurel medrando en una piedra de molino.

Según el historiador Iturriza, la familia Bolívar se distinguió desde las Cruzadas; y a ella se debe la fundación, en el siglo X, de la iglesia de Santo Tomás de Bolívar, bajo cuyos altares reposan los restos de muchos varones de esa estirpe.

El primer Bolívar que salió del antiguo solar de Vizcaya para las colonias de América, fué el capitán don Simón de Bolívar, nombrado por el Rey, en el año 1590, procurador de Venezuela. Este personaje, conforme a las crónicas de la época y a los documentos del Archivo de Indias, regresó a España.

En el año 1670 salió de Bilbao el verdadero autecesor del gran héroe. Este fué don Luis de Bolívar, bisabuelo del Libertador, quien se estableció en Venezuela, hizo valer su Marquesado y fundó, en Santiago de León de Caracas, la gran familia éuskara, justamente alabada por el historiador Iturriza.

El abolengo de Bolívar es tan puro como su gloria. Don Miguel de Unamuno, comentándole una de sus frases de moribundo («La Humanidad ha tenido tres grandes majaderos: Jesucristo, Don Quijote y yo»), dice de Bolívar lo siguiente: «Mi intención ha sido mostrar, con frases del mismo Bolívar, al *noble* español, al Quijote de la América Hispana libertada, a uno de los más grandes héroes en que ha encarnado el alma inmortal de la Hispania máxima, miembro espiritual sin el que la Humanidad quedaría incompleta».

El periodista madrileño, Dionisio Pérez, dijo en un exultante artículo: «Bolívar es la expresión más acabada de la vieja nobleza española. Gesto, generosidad, valor, fé cristiana y pundonor exagerado».

Bolívar fué un noble auténtico por su abolengo y por sus maravillosas acciones. Muy bien que nosotros, los hispano-americanos, veneremos su ilustre nombre y hagamos un culto de su historia.

EL CLERO EN LA INDEPENDENCIA

Los historiadores españoles del siglo pasado, en refutando las obras del internacionalista francés, de Pradt, así como los trabajos de algunos escritores ingleses, contemporáneos de las campañas libertadoras, afirman que el ideal de independencia americana se alimentó solamente en contadísimas personas de la llamada « aristocracia criolla », en militares americanos influenciados por la propaganda que hacían las « logias » fundadas por Miranda, y en algunos *frailes mestizos*, deseosos de notoriedad o de mejores canongías...

Este juicio, tan acerbo para los patriotas de sotana, tiene mucho de rencor y de evidente injusticia; pues que el sacerdote, en tanto que no se halle consagrando la Divina Forma, es tan hombre como cualesquiera ótro.

En épocas de oscurantismo y coerción tiránica, nadie mejor que él puede apreciar la gran sed de justicia y el hondo anhelo de albedrío popular,

pues el sacerdote, trátase de obispo o de simple cura, cultiva su espíritu, goza de especiales prerrogativas y puede, gracias a su misión de caridad, conocer los dolores del pueblo.

La grandiosa revolución del 10 de Agosto de 1809 tuvo en un gran prelado y en dos modestos frailes, un valioso concurso de propaganda y acción.

El Ilustrísimo Obispo de Quito, Don José de Cuero y Caicedo conspiró eficazmente con los patriotas que venían preparando el golpe redentor en los « Obrajes de Chillo »; no desdeñó el trato de enciclopedistas y volterianos como Francisco Eugenio Espejo, Antonio Ante y Juan Pablo Arenas; y, conmovido ante el heroísmo del pueblo quiteño, fué Presidente de la Junta Suprema, después del horrendo crimen del 2 de Agosto de 1810, cuando las enardecidas masas vengadoras querían cobrar, en el viejo y mendaz Conde Ruiz de Castilla, la matanza de los setenta prisioneros...

Ruiz de Castilla, Manuel Arredondo y los pardos del « Real de Lima » debieron su salvación a la generosidad del Ilustrísimo Obispo Cuero y Caicedo quien, contrariando las reglas de su elevado cargo y de su categoría evangélica, aceptó el difícil puesto político para calmar los ánimos, afianzar la independencia y reorganizar las tropas que luego habría de poner bajo la órdenes del co-

ronel quiteño, Carlos de Montúfar, graduado en España y fogueado en las guerras con Napoleón.

Fué el dignísimo Obispo de Quito un varón de altas virtudes, de clara inteligencia y de muy probado arrojo. Sirvió con abnegación a la causa de la libertad, y de su bien cortada pluma salieron las famosas notas « diplomáticas », que el Gobierno libre de Quito dirigió a los engolados Virreyes de Lima, Bogotá, Méjico y Buenos Aires.

* * *

El cura quiteño, José Ríofrío, fué el alma de las multitudes en las jornadas cívicas del 10 de Agosto de 1809. Conspirador empedernido, de carácter arrojado, se afilió desde muy joven a los trabajos revolucionarios iniciados desde 1806 por Santa Cruz y Espejo, redactor de las *Primicias de la Cultura de Quito*.

Reducido a prisión por la felonía del Conde Ruiz de Castilla y del coronel Arredondo, el cura José Ríofrío pereció asesinado en la matanza del 2 de Agosto de 1810; pero su sangre fué vengada por sus indomados feligreses de las parroquias de San Blas y de San Roque quienes, a filo de cuchillo y a golpes de garrote, mataron más de cien pardos y españoles.

El cura de Puembo, Florencio Espinoza, facilitó con su acucioso servicio de espionaje, la marcha de Sucre hacia el norte, culminada en la gran victoria de Pichincha.

En Caracas, el proteico canónigo chileno, Cortés Madariaga, arrastró a las multitudes en las gloriosas jornadas de Abril y Julio de 1810.

El periódico *La Aurora de Chile*, sirvió a su redactor, el cura Camilo Henríquez, para difundir entre los chilenos los gérmenes de libertad, que pronto se condensaron, luminosos, en la gran aurora de 18 de Setiembre de 1810.

El Dean Fúnes, cuyo ardimiento patriótico se había dejado sentir desde la derrota que los generales argentinos Linniers y Belgrano inflijieron a los invasores ingleses, fué más tarde factor decisivo de la libertad; firmó la proclama libre de las Provincias Unidas del Río de La Plata, y prestó, a la naciente Argentina, todo el concurso de su bello talento y de su acendrado patriotismo. El nombre del Dean Fúnes se pronuncia en la vigorosa república austral con el mismo respeto que el de San Martín, Belgrano y Artigas.

Pero entre tanto ilustre fraile de la independencia americana, ninguno más resuelto, ninguno más soldado y más heroico que el gran cura mejicano, Miguel Hidalgo y Costilla. En Dolores, al

grito de « Viva Nuestra Señora de Guadalupe y guerra a los gachupines », Hidalgo proclamó la independencia de la noble Nación Mejicana, en la forma decisiva que requiere un acto político de tanta trascendencia: guerreando a muerte, destrozando al enemigo y echándolo fuera del sagrado suelo de la Patria.



Cierto que a España, la nación augusta y formidable que acometió la empresa de civilizar la América, debíamos y siempre deberemos mucho: la sangre, el idioma, la inteligencia latina, el pundonor y la fe cristiana; pero no es menos cierto que le habíamos pagado ya, con tres siglos de sudores y lágrimas condensados en lingotes de oro, el significado material de tan ardua empresa.

Estábamos crecidos, éramos tan españoles como nuestros bisabuelos, los Corteses, los Pizarros, los Almagros y los Valdivias; éramos, todos, miembros de una gran familia que cada día estrecha más y más sus vínculos, y éramos responsables del porvenir y bienestar de las tierras que habitábamos. Teníamos el pleno derecho de la emancipación, como el hijo que en llegando a cierta edad, goza de los derechos civiles que le acuerdan las leyes.

Los frailes, los ilustres patriotas que tomaron parte en la lucha de la independencia, no fueron, como lo afirman algunos historiadores españoles, hombres de espíritu aventurero y levantisco... Fueron grandes próceres, varones eminentísimos que, no ignorando las reservas propias de su profesión evangélica, tuvieron el valor de vencer todo escrúpulo hasta sacrificarse — como Riofrío e Hidalgo — por la causa de la libertad.

América, emocionada, se descubre ante estos héroes sin tacha, mensajeros de Cristo, y — cosa ciertamente bella — Apóstoles de la República.

LA PERSONALIDAD DEL LIBERTADOR

El 24 de Julio de 1783 nació, en Caracas, Simón José Antonio de Bolívar y Palacios, a quien la Historia y la Humanidad acordarían, más tarde, el grandioso título de *Libertador*.

Con acabada justeza se va cumpliendo, en la persona de este semidiós, la secular profecía del cura peruano de Choquehuanca — tal vez descendiente directo del Inca Viracocha — quien al mirarle de frente y contemplarle « aquellos ojos que le habían comido el rostro », exclamó vivamente emocionado: « Libertador! Vuestro nombre irá creciendo como las sombras cuando el sol declina ».

Y a la verdad que la imagen del gran caraqueño adquiere día a día las majestuosas proporciones con que se destacan los más ilustres héroes del planeta: Alejandro, Aníbal, César y Napoleón.

Evidente que la Libertad ha verificado, con Bolívar, parte de sus destinos. Taine observa que

Napoleón, no obstante de aparecer a raíz de haberse proclamado los derechos del hombre, recorrió y « conquistó » sesenta mil leguas cuadradas. Bolívar, casi contemporáneo del Emperador, recorrió y « libertó » un millón quinientas mil leguas cuadradas; dio libertad a muchos millones de hombres; combatió sin descanso casi cuatro lustros; ofrendó su nombre nobilísimo, sus grandes caudales y su delicada salud a la causa de la Libertad; dio al comercio la redondez mundial que hoy tiene y exprimió su maravilloso cerebro en mil discursos, proclamas, códigos y tratados. Agrupó a los espíritus más selectos de su época en los famosos Congresos de Angostura, Cúcuta y Panamá, cosa que jamás hizo ni pensó hacer nunca el absolutista Corso.

Bolívar nació amando la felicidad, y para hallarla recorrió medio mundo; más la Gloria había fijado en él sus diamantinos ojos y al andar de poco tiempo le aprisionaría para no soltarle nunca más.

A los 19 años se casó, en Madrid, con la Marquesa Teresita de Toro y Alayza, de la que enviudó prontamente, al año. Su desgracia lo sumió en tan profunda melancolía que, para atenuar su grande infortunio, dióse a recorrer la Europa, en tren de millonario que desea extinguir un gran dolor.

En París, en Londres y en Viena impuso modas y conquistó bellísimas mujeres. Le acogieron calurosamente los salones de las grandes damas, reinas de Lutecia: Du Villars, Recamier, Tallien, Staël y Talleyrand.

Asistió a la coronación de Bonaparte y dio prueba de gran temple manifestando, en la misma ceremonia, su disgusto de ver la púrpura bizantina en quien se había dicho «redentor de Polonia». El historiógrafo francés, Louis Guilaine, que ha narrado estas cosas, afirma que después de Benjamín Franklin ningún americano gozó de mejor acogida en Francia que Simón Bolívar, por aquel entonces joven viudo y dadivoso millonario.

* * *

La Gloria, tirana de su vida y vestal de su inmortalidad, lo empujó lentamente hacia Roma, *caput mundi*, en compañía de su sabio maestro y singular filósofo, Don Simón Rodríguez. En la Ciudad Eterna, cerca de su alojamiento de la «Piazza di Spagna», el obelisco que cierra la Vía del Babuino — como dedo petrificado por los dioses — le señalaba, a diario, la ruta del Monte Sacro, que Tito Livio describe con tanta veneración y elegancia en sus comentarios sobre la República Romana.

Una tarde, en la hora de los misteriosos crepúsculos del Lacio, Bolívar se sintió presa de una extraña inquietud. Don Simón Rodríguez cuenta en sus narraciones que, tomándolo del brazo, le condujo hacia la Porta del Popolo. « Sígame — le dijo — por esta Vía Flaminia, rutà de los Scipiones ».

Camaron en silencio, bajo un cielo amalgamado de púrpuras, de oros y de sombras imponentes... Detuviéronse en el Monte Sacro y allí, Bolívar, frente a la augusta Roma de Numa Pompilio, de los Gracos y de la gran familia Flavia, juró solemnemente no dar reposo a su brazo hasta no haber logrado la libertad de América!

Regresó taciturno a su alojamiento; arregló sus papeles y se pasó la noche quemando recuerdos y destruyendo las redes que el « eterno femenino » le tendía por todas partes de la vieja Europa. Las águilas romanas, volando de la *columbaria* de los Scipiones, habían contribuído al triunfo de la Gloria. Entre las cenizas del recuerdo el Amor se hundía grotescamente, con la venda caída y el carcaj desprestigiado!...

De Roma, sirena de los más famosos capitanes, dirigióse Bolívar a su patria, Venezuela; y, desde Abril de 1810, hasta la inicua conjuración de Setiembre de 1827, no dio un solo día reposo a su

brazo, abandono a su espíritu, ni descanso a su infrangible espada.

Vivaqueó, sin tregua, 17 años. Escaló varias veces los Andes, humillando con sus guerreras botas la cima inviolada del Chimborazo; libró centenares de batallas, ya sobre el hielo de las cumbres, ya sobre el polvo calcinado de las sabanas, ya entre el silbar tormentoso de la mar enfurecida. Su caballo de guerra bebió las aguas de los más grandes y caudalosos ríos del Universo: el Orinoco, el Magdalena, el Guayas, el enorme Amazonas, sus grandes tributarios y las fuentes del Río de la Plata. Se embriagó con el éter, sobre el vértice del Rey de los Andes y despertó de su tumba, en el Templo del Sol de una isla del Lago Titicaca, al Inca Manco, fundador del más grande Imperio Americano.

El viajero francés Martín Maillefer, que visitó al Libertador después que éste hubo cruzado los Andes y triunfado con sus famélicas huestes en Pantano de Vargas, escribe de él: « En su calidad de hombre de guerra precisa compararlo con Sertorio. Al igual que ese romano famoso, Bolívar ha tenido ocasión de decir a menudo:

” Roma no está en Roma:
está donde yo estoy. „



¡Oh, vida insigne de Bolívar! Grande, más grande y gloriosa que la inspiración homérica con que la cantó Olmedo, en un arrebato de sublimes armonías:

¿Quién me dará templar el voraz fuego
en que ardo todo yo?... Trémula, incierta,
torpé la mano va sobre la lira
dando disorde son... Quién me liberta
del Dios que me fatiga?...
Siento unas veces la rebelde Musa
cual bacante en furor vagar incierta
por medio de las plazas bulliciosas
o en las risueñas playas
que manso lame el caudaloso Guayas;
otras, el vuelo arrebatado tiende
sobre los montes, y de allí desciende
al Campo de Junín...

¡Junín!... El Perú aristócrata y realista, que había pulverizado las tentativas libertarias de María Bellido y Mariano Melgar; el Perú español, fieramente cortesano, formidable con su oro, sus fortalezas, sus cañones y sus 24.000 tercios del Rey, armados hasta los dientes; el Perú — la corte fastuosa de engolados Virreyes — veríale completar, fielmente, el juramento del Monte Sacro.

* * *

Es en el Perú donde Bolívar alcanza la excel-situd máxima del *héroe* de Carlyle, porque en ninguna otra parte de América fué más genial y superhombre por la fuerza del espíritu, la resistencia corporal y el vigor de la voluntad. Su vastísima obra, concentrada en las nobles palabras de Pativilca: *vencer, vencer y vencer*, será el asombro emersoniano de los siglos y el más alto ejemplo para las generaciones venideras.

La musa del poeta y la meditación del filósofo buscan a Bolívar en el Perú para cantarle, estudiarle y comentarle.

Olmedo, en olímpicas e imperecederas estrofas, le canta como a « hijo de Colombia y Marte », como a genio tutelar de los grandes ríos americanos, como a Inca, Libertador y Padre de América; Benjamín Constant le contempla en Lima y se admira de verle sin una corona semejante a la de Carlo Magno; Juan Montalvo, cada vez que le cita en sus escritos de oro, ha de ser para sorprenderlo en la casa de Pizarro o en la quinta de la Magdalena, desbaratando conspiraciones realistas de la aristocracia criolla, parando el golpe traidor de los Torre-Tagle, Riva Agüero y Berindoaga;

planeando campañas y dictando, a un mismo tiempo, códigos, cartas y decretos para cinco pendolistas... José Enrique Rodó, en su excelsa y marmórea consagración, le busca en Lima, le endiosa definitivamente en Pativilca y le unge con el olio de las más altas grandezas después de Junín, Ayacucho y Callao, cuando terminada la bélica faena del soldado, empieza la difícil y agotante del estadista que sienta la bases de Gobierno y saca de la nada a la bella República de Bolivia; José Martí, el soldado apóstol, le busca lejos de la Gran Colombia para afirmar « que Bolívar ha recorrido más tierras con las banderas de la Libertad que ningún conquistador con las de la Tiranía »; el pensador inglés, Clayton, juzgándole después de la rendición del Callao, entregado traidoramente por el argentino Moyano al bravo coronel Rodil, exclama de Bolívar: « Fué igual, como capitán, a Carlos XII en audacia, a Federico II en constancia y pericia. Sobrepasó a Alejandro, a Aníbal y a César en las dificultades que tuvo que vencer, y sus marchas fueron más largas que las de Gengis Kan y Tamerlán ».

* * *

Su más formidable adversario, el general Pablo Morillo, Marqués de La Puerta y Conde de Cartagena, escribía al Rey de España: « Bolívar es más temible derrotado que vencedor... ». Efectivamente, como el gigante mitológico Anteo, multiplicaba tanto sus fuerzas como tantas eran sus caídas.

Fué en Jamaica, en 1815, en noches de triste exilio, amenazada su vida por el puñal del negro Pío, cuando meditó sobre la suerte y el futuro de la América que va del Río Bravo al Estrecho de Magallanes. Sus predicciones, dirigidas a un grande estadista del Imperio Británico, se han cumplido casi todas en el término de un siglo. Ahí están: el vivir convulsionado de Méjico, el histerismo político de las repúblicas que formaron la Gran Colombia, la ecuanimidad estable de Chile y la grandeza material de la Argentina, los pecados de oro y guano culminados en la desastrosa alianza del Perú y Bolivia, la independencia de Cuba, la separación de Panamá y la incertidumbre de los países Centro-Americanos. Aunque abierto por manos extrañas y peligrosas, el Canal de Panamá beneficia a todo el mundo; dejó de ser « utopía » el Derecho Público de América, y ha tomado forma

práctica el sueño del gran Libertador — la « Sociedad de las Naciones » — que él quiso realizar en el año de gracia de 1825.

¡Oh, Bolívar, infalible vidente! Oh, Daniel del Nuevo Mundo que al enterarte, en Trujillo, de la rebelión de Páez y de las intrigas de Peña y demás corifeos del llamado Congreso de Valencia, exclamaste conmovido: « Esto, más que el puñal de Setiembre y las hondas intrigas de Santander, matará definitivamente a la Gran Colombia; pero Venezuela pagará, con años de dolor e ignominia, el crimen que está cometiendo ».

Se han realizado casi todos los vaticinios del Libertador y, al correr de algunos lustros, se ha de cumplir la « Federación Bolivariana », que agrupará en una sola entidad, más que política, moral, a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá. Celebramos actualmente la más grande fiesta de familia, el centenario de Ayacucho, la portentosa « Batalla de las Naciones ». Más que mármoles y bronce debemos a nuestros libertadores deuda de confraternidad, de armonía y de compactación. Que se despeje, pues, el horizonte tenebroso de los litigios de fronteras; que imperen finalmente la Equidad y la Justicia a fin de que pronto sea un hecho el programa de « unión » que Bolívar preparó para el Congreso de Panamá.

* * *

La capacidad intelectual del Libertador era tan brillante y poderosa que Luis Peru de Lacroix, Oficial de Napoleón en las campañas de Rusia y al servicio de Bolívar en las guerras de la Independencia, dio en París, en una reunión de sabios y políticos notables, el siguiente retrato del genio de Caracas: « La fisonomía del Libertador, sea que se la examine según el sistema de Gall o de Lawather, es la de un hombre verdaderamente extraordinario, de una inmensa inteligencia, de un profundo pensador ».

Peru de Lacroix no se equivocaba en su juicio, ampliado más tarde en la obra « El Diario de Bucaramanga ». Bolívar, hasta en los ratos de mayor riesgo, como en Casacoima y en Rincón de los Toros, tenía cerca de su mano a Tito Livio, Montaigne, Montesquieu, Dante, Shakespeare y Cervantes. Componían su Estado Mayor hombres de notable cultura y extranjeros distinguidos, como los aristócratas ingleses: Wilson, Fergusson, Moore, O'Connor y Daniel Florencio O'Leary, su más acabado biógrafo; franceses como Boergaz de Serviez, Peru de Lacroix y Demarquet; holandeses como el Almirante Brion, alemanes como

Klinger e italianos del Renacimiento, en extraña mezcla de cultura, distinción y bellaquería, como José Bianchi. Todos estos hombres fueron atraídos por su genio y sintieron frente a Bolívar la misma fascinación y superioridad que sintió el gran argentino, Don José de San Martín, quien no pudo menos que ofrecerse para servir bajo sus órdenes.

Era el Libertador veraz y expedito, valiente hasta la locura. « Para ser Jefe — decía a los terribles llaneros del Orinoco — se precisa ser siempre el primero entre todos ». Fiel a esta máxima montaba, antes que nadie, los potros más cerriles; atravezaba a nado las correntadas de los grandes ríos; salía en las batallas al encuentro de las balas enemigas, y ayunaba y soportaba el frío y la canícula sin la menor queja, elevándose de este modo a enorme altura sobre el más valiente y sufrido de sus oficiales. En el Salón Elíptico de Caracas el maravilloso pincel de Tito Salas nos lo presenta transfigurado de heroísmo y sufrimiento en el paso de los Andes, en tanto que en los cuadros que adornan la Casa Natal aparece como fiera, luchando cuchillo en mano con los piratas que en vano pretendieron robar el tesoro de la República.

Su generosidad era proverbial, jamás igualada por ninguno de sus contemporáneos. Dio a la causa de la libertad todo lo suyo, y cuando ya no tuvo

nada de su enorme patrimonio, repartía sus sueldos entre las viudas e hijas de sus compañeros de armas, caídos en las guerras de la independencia. Hizo venir de Inglaterra y pagó de su peculio al célebre pedagogo Lancaster, para que metodizase la enseñanza y « desasnase » a los hombres que su espada había redimido...

* * *

Bolívar, el Libertador de cinco grandes Repúblicas, a quien un Congreso Peruano había ofrecido el oro de sus ricas arcas — que él se negó a recibir — murió en la más conmovedora miseria, casi abandonado en la quinta de San Pedro Alejandrino, vecina del puerto de Santa Marta (Colombia). Murió donde el Mar Caribe suele vestirse de tinieblas, a la manera del Tabor, en el tormentoso Viernes de la Tragedia Cristiana.

El 17 de Diciembre de 1830 exhaló el último suspiro.

¡No tuvo camisa qué cambiarse! Le vieron morir tres personas: el general venezolano, Mariano Montilla, héroe de Cartagena y Maracaibo; el médico francés, Próspero Raverend, que lo asistía, y el fiel Ordenanza, Pedro, a quien dijo

Klinger e italianos del Renacimiento, en extraña mezcla de cultura, distinción y bellaquería, como José Bianchi. Todos estos hombres fueron atraídos por su genio y sintieron frente a Bolívar la misma fascinación y superioridad que sintió el gran argentino, Don José de San Martín, quien no pudo menos que ofrecerse para servir bajo sus órdenes.

Era el Libertador veraz y expedito, valiente hasta la locura. « Para ser Jefe — decía a los terribles llaneros del Orinoco — se precisa ser siempre el primero entre todos ». Fiel a esta máxima montaba, antes que nadie, los potros más cerriles; atravezaba a nado las correntadas de los grandes ríos; salía en las batallas al encuentro de las balas enemigas, y ayunaba y soportaba el frío y la canícula sin la menor queja, elevándose de este modo a enorme altura sobre el más valiente y sufrido de sus oficiales. En el Salón Elíptico de Caracas el maravilloso pincel de Tito Salas nos lo presenta transfigurado de heroísmo y sufrimiento en el paso de los Andes, en tanto que en los cuadros que adornan la Casa Natal aparece como fiera, luchando cuchillo en mano con los piratas que en vano pretendieron robar el tesoro de la República.

Su generosidad era proverbial, jamás igualada por ninguno de sus contemporáneos. Dio a la causa de la libertad todo lo suyo, y cuando ya no tuvo

nada de su enorme patrimonio, repartía sus sueldos entre las viudas e hijas de sus compañeros de armas, caídos en las guerras de la independencia. Hizo venir de Inglaterra y pagó de su peculio al célebre pedagogo Lancaster, para que metodizase la enseñanza y « desasnase » a los hombres que su espada había redimido...

*
* *
*

Bolívar, el Libertador de cinco grandes Repúblicas, a quien un Congreso Peruano había ofrecido el oro de sus ricas arcas — que él se negó a recibir — murió en la más conmovedora miseria, casi abandonado en la quinta de San Pedro Alejandrino, vecina del puerto de Santa Marta (Colombia). Murió donde el Mar Caribe suele vestirse de tinieblas, a la manera del Tabor, en el tormentoso Viernes de la Tragedia Cristiana.

El 17 de Diciembre de 1830 exhaló el último suspiro.

¡No tuvo camisa qué cambiarse! Le vieron morir tres personas: el general venezolano, Mariano Montilla, héroe de Cartagena y Maracaibo; el médico francés, Próspero Raverend, que lo asistía, y el fiel Ordenanza, Pedro, a quien dijo

Bolívar poco antes de morir: « Vámonos, Pedro, que nos echan de esta casa ».

Al acentuarse la crisis que habría de llevarlo para siempre al vértice de la Inmortalidad, el Libertador dijo al fiel general Montilla: « Muero deseando la unión y felicidad de Colombia »; y, volviéndose hacia el doctor Raverend, con quien solía discutir sobre los enciclopedistas franceses, díjole: « Doctor, creo haber arado en el cielo y sembrado en el mar ».

* * *

Un compatriota del cura de Choquehuanca, el impetuoso poeta dadaísta, Alberto Hidalgo, en su reciente libro *Química del Espíritu*, ha trazado con mano maestra un soberbio retrato del Libertador, que, aunque pintado con sonoras y felices palabras, vale tanto o más que la famosa tela de su compatriota, el pintor Gil.

¿La estatura?...

No se hà podido precisar.

Variaba

Según las emociones de su espíritu:

unas veces dos metros,

otras quinientos, otras...

(toda medida hubiese sido corta

para medir el tamaño de este hombre cuando pensaba en libertar América).

* * *

Las « facciones » que, con la fuerza de la ambición, habían destrozado en Bogotá y en Caracas la unidad de la Gran Colombia, bien poco se cuidaron de comunicar oficialmente, siquiera a los países del Nuevo Mundo, la muerte del gran Libertador.

Fué tan mezquina esta conjuración del « silencio », que la noticia de la muerte de Bolívar — rodeado de ingraticudes, calumnias y miserias — llegó a la República Argentina casi al año, en Agosto de 1831.

Gobernaba la República del Plata el eminente patricio argentino, Don Tomás M. de Anchorena, quien, informándose de tan triste novedad, en el acto redactó un hermoso decreto de « Honores Póstumos » que, unido al de aplauso y gratitud expedido por Rivadavia el 10 de Abril de 1826, constituye el más patético homenaje de la República Argentina al Libertador de la América del Sur.

Cierro este capítulo insertando íntegro el Decreto del Presidente Anchorena:

HONORES PÓSTUMOS AL GENERAL
DON SIMÓN BOLÍVAR

DECRETO.

Buenos Aires, 1.º de Setiembre de 1831.

Sin embargo de no haber recibido el Gobierno aviso alguno oficial acerca de la muerte del ilustre General Don Simón Bolívar, por cuya razón, a pesar de haber llegado mucho tiempo hace la noticia de tan infausto suceso, suspendió por entonces hacer la demostración que exigen los importantes servicios de este Distinguido Americano, *debiendo ya creerse fuera de toda duda* aquel lamentable acontecimiento, por lo que ve en los *papeles públicos* de las Repúblicas hermanas; y considerando el Gobierno que es un acto de rigurosa justicia manifestar el profundo dolor que le ha producido una pérdida de tal magnitud, tributando a la vez el homenaje de reconocimiento y respeto que es debido a la memoria del Héroe de Colombia,

Ha acordado y,

DECRETA:

Artículo 1. — En el día que oportunamente designará el Gobierno, se celebrarán con su asistencia y de todas las corporaciones Civiles y Militares, exequias en la Iglesia Catedral, en honor del Excmo. Señor General Don Simón Bolívar.

Artículo 2. — Por tres días consecutivos, incluso el de la celebración de las exequias que expresa el artículo anterior, llevarán luto todos los empleados, así Civiles como Militares.

Artículo 3. — Comuníquese a quienes corresponda y publíquese.

TOMÁS M. DE ANCHORENA.

GUAYAQUIL, SU INDEPENDENCIA Y SU DIPLOMACIA

Corría el año 1820.

En el vasto suelo granadino Bolívar guerreaba sin tregua, derrotando a las fuerzas españolas, que frecuentes expediciones traían desde Cádiz. Famosos generales, como La Torre y Morillo, brigadieres sanguinarios como Boves, Antoñanzas y Monteverde, habían mordido duramente el polvo. En Colombia la sangre corría sin tasa, pues que se luchaba contra peninsulares aguerridos y no contra reclutas criollos, como pasaba en la Argentina y en Chile, donde Goyeneche y Osorio vencían con los mismos soldados que, en la línea opuesta, guerreaban por la libertad...

Desde 1812 hasta la segunda campaña de Quito, es decir, durante diez años consecutivos, España despachó contra Bolívar más de 60.000 peninsulares. A esta cifra, ciertamente grande para la

época, hay que agregar los reclutas criollos que se extraían de La Habana y San Juan de Puerto Rico, más los terribles llaneros del Orinoco que, en los primeros años de la guerra, pelearon bajo las órdenes del brigadier Tomás Boves.

En el sur, chilenos y argentinos acababan de vencer en las grandes jornadas de Chacabuco y Maipo, que aseguraban la independencia del Río de La Plata y la libertad de la noble Araucanía.

El General O'Higgins, jefe de la Nación Chilena, secundaba eficazmente los planes del General San Martín y, reconociéndole las dotes de buen organizador, dábale las armas y las tropas que en vano había pedido a Buenos Aires el héroe de Yapeyú.

Ni su amigo, Puyrredón, ni su colega, el General Alvear, quisieron atenderle para tan grande empresa, recordando sin duda que San Martín sólo había librado en el suelo argentino el pequeño combate de San Lorenzo.

El 20 de Agosto fué el grandioso día en que el Supremo Director de Chile, Bernardo O'Higgins, despidió, en Valparaíso, al General San Martín y a los 4500 expedicionarios. Frente a Lord Cochrane, Almirante de la Escuadra Chilena, O'Higgins dijo estas célebres palabras: « De estas cuatro tablas pende la suerte de América ».

Como bien se sabe, la expedición confiada a San Martín fracasó en su noble propósito, pues no logró disparar un tiro en el Perú, y ella retrasó más bien la causa patriota, debido a la pérdida de las Fortalezas del Callao, por la negra traición del sargento Moyano.

* * *

Los hijos del Guayas, que seguían con febril entusiasmo el desarrollo de estos acontecimientos y, muy en especial, las eficientes victorias del Libertador, juzgaron poco digno esperar que Bolívar, San Martín o Lord Cochrane viniesen a liberarlos del yugo de España. Unidos en tan noble propósito y acordes, todos, en tan firme opinión, resolvieron independizarse a la mayor brevedad, para formar un gobierno propio y autónomo.

Al saberse, en el Perú, la aproximación de las tropas de Chile y las maravillosas proezas de Lord Cochrane, el batallón « Numancia », fuerte de 700 plazas, formadas por oficiales y soldados venezolanos, se insurreccionó para facilitar las operaciones de San Martín. Tres oficiales del « Numancia » que a la sazón se hallaban en Lima, fueron aprehendidos y exilados para el Istmo.

El primero de Octubre llegaban a Guayaquil, en tránsito para Panamá, el mayor Miguel Letamendi y los capitanes León de Febres Cordero y Luis de Urdaneta. Los conjurados guayaquileños no perdieron minuto en comprometer a estos bravos venezolanos; y fueron los oficiales del « Numancia » los que planearon el golpe militar, logrando comprometer al segundo jefe del « Granaderos » comandante Gregorio Escobedo, y a los sargentos Vargas, Pavón y Farfán, del batallón « Daule » y del « Parque de Artillería ».

Los principales conspiradores guayaquileños eran nobilísimos padres de familia, amantes del orden, respetuosos de la vida ajena; pero enamorados fervientes de la libertad. Ellos hicieron lo posible por ahorrar el derramamiento de sangre y, hasta cierto punto, lograron su empeño, pues la revolución del 9 de Octubre de 1820 fué la obra de un metódico soborno y de un habilísimo ardid social.

En la noche de 8 del Octubre don José Villamil, uno de los principales comprometidos, invitó a jugar en su casa una partida de tresillo al coronel Manuel de Torres Valdivia, jefe de las fuerzas españolas que guarnecían la plaza. Al entrar el convidado al cuarto donde creía habérselas con otros jugadores fué violentemente amarrado y despo-

soído de las llaves del parque militar, que en el acto, el teniente Nájera, utilizó para armar a los patriotas.

Torres Valdivia protestó, se indignó y suplicó por su honor de soldado que se le dejase combatir; pero Villamil se mostró inflexible y le tuvo encerrado, diciéndole que sólo así podría librarle de una muerte segura, pues que todo estaba listo y la ciudad estaría por la independencia después de tres horas.

* * *

En efecto, a las 12 de la noche, Febres Cordero, a la cabeza de 50 hombres, sorprendía el cuartel de « Granaderos », dejado con escasa guardia por su segundo jefe, el comandante peruano, Gregorio Escobedo.

A la misma hora el capitán Urdaneta asaltaba el batallón « Daule ». La guardia en vano intenta resistir, alentada por el comandante español, Magallar, que pagó con la vida su arrojo y fidelidad al Rey. El cuartel llamado « Parque de Artillería » estaba desde temprano en poder de los patriotas, pues el alférez guayaquileño, Nájera, con las llaves quitadas al coronel Torres Valdivia, lo había puesto a disposición de los conspiradores y en él

se armaron los atacantes del « Granaderos » y « Daule ».

En la madrugada del 9 de Octubre de 1820, Guayaquil había dejado de ser colonia de España. En sus hogares fueron aprehendidos el Gobernador Real, don Pascual de Vivero, el coronel José de Elizalde, primer jefe del « Granaderos », García del Barrio, comandante del « Daule » y el capitán de fragata, don José Villalba, jefe de la flotilla fondeada en el puerto y fugada a Panamá, en cuanto los oficiales de las cañoneras columbraron la transformación ocurrida en la ciudad.

El mismo 9 de Octubre los guayaquileños, en gran cabildo abierto, designaron a los señores José Joaquín de Olmedo, Rafael de Ximena y Francisco María Roca para que los tres formasen la Junta de Gobierno.

Como testimonio de gratitud, el comando militar fué confiado al ya coronel Escobedo, quien como segundo jefe del « Granaderos », había dejado atacar, facilitando con su complicidad y alejamiento el asalto y toma del cuartel. Desgraciadamente Escobedo no supo corresponder al honor que le acordaran los guayaquileños, pues a los pocos días planeaba una contra-revolución y, comprobada su falta, fué desterrado a Chile, por traidor!



Establecido el gobierno libre y organizada la fuerza pública, lo primero que hizo la Junta de Gobierno fue iniciar sus labores diplomáticas, a fin de que el Libertador Bolívar y el General San Martín coadyuvasen a la estabilidad de la independencia guayaquileña, ya que el ánimo de la población no era otro que el de formar un gobierno propio, que abarcase por lo pronto los distritos de Esmeraldas, Manabí, Bodegas, Machala, Tumbes e islas adyacentes.

El 13 de Octubre despachó la Junta de Gobierno dos misiones diplomáticas, provistas de credenciales e instrucciones: la del Norte, confiada al prócer guayaquileño, don Francisco de Paula Lavayen, quien partió al encuentro de Bolívar, por la vía de Tumaco; la del Sur, confiada a don José Villamil y al mayor Miguel Letamendi, en busca de Lord Cochrane, Almirante de la Escuadra Chilena, y del General José de San Martín, jefe de la expedición chileno-argentina, cuyo punto de desembarco ignoraban los patriotas guayaquileños.

La goleta « Alcance », comprada por la Junta de Gobierno al armador vizcaíno, Manuel de Lu-

zarraga, partió el mismo día 13 para el sur, llevando a su bordo a los diplomáticos Villamil y Letamendi.

El 31 de Octubre la « Alcance » avistó las naves de Lord Cochrane, bloqueadoras del Callao. La Escuadra, que no conocía la bandera blanca y azul de Guayaquil, pensó en una estrategema de los españoles y rompió los fuegos contra la airosa goleta. El silencio heroico de ésta decidió el acercarse a tiro de pistola. Puestas las naves al habla, Lord Cochrane pudo escuchar, en el buen inglés que hablaba Villamil, que desde el 9 de Octubre Guayaquil era completamente libre, y que la Escuadra de su mando tenía al norte un gobierno aliado y el mejor astillero del Pacífico para la carena y refacción de las naves.

El júbilo del bravo Almirante fué indescriptible. Ordenó, en el acto, la concentración de sus barcos y saludó con una salva mayor la bandera libre de los guayaquileños.

* * *

Enterado minuciosamente de la importante misión diplomática que portaban los delegados, Villamil y Letamendi, Lord Cochrane les dio la clave de señales para que lograsen entrar sin pe-

ligro a Ancón, abrigado puerto donde vivaqueaban los expedicionarios del General San Martín.

Los diplomáticos del Guayas fueron recibidos con enorme entusiasmo por el vencedor de Chacabuco y Maipo quien, en nombre de O'Higgins, Director Supremo de Chile, aceptó la alianza que le ofrecía la Junta de Gobierno de Guayaquil, para luchar conjuntamente contra el poderío español del Virreinato del Perú.

Las tropas chileno-argentinas, mandadas por el mismo San Martín, presentaron las armas, en tanto que los cañones del sur saludaban con sus estampidos a la bandera ideada por el gran poeta Olmedo y ensangrentada después en los dos terribles « Huachis » y en la sorpresa de Tanizahua.

El General San Martín despidió a los diplomáticos guayaquileños, obsequiándoles, 150 carabinas fogueadas en Chacabuco, y entregándoles una nota encomiástica para la Junta de Gobierno, a la que avisaba que el Coronel Guido y el Mayor Luzuriaga irían a Guayaquil, en calidad de diplomáticos. Desgraciadamente los dos delegados de San Martín no hicieron otra cosa que conspirar contra el nuevo gobierno libre, dividir la opinión de los habitantes y hacer cuanto les fué dable para que Guayaquil renunciase a su autonomía y se

« uniese » a un país que el héroe de Yapeyú no lograba libertar, ni libertó jamás...

El 9 de Octubre de 1820 Guayaquil conquistó su independencia. El 31 del mismo mes su naciente diplomacia conquistaba la amistad de Colombia y la de Chile, que hasta hoy el Ecuador conserva inalterables. Poco tiempo después, la misma diplomacia guayaquileña hizo que se abrazaran, en la gloriosa urbe, el genio de Bolívar y la capacidad de San Martín, suceso que aseguró definitivamente la empresa bolivariana de libertar al Perú.

A GUAYAQUIL

Como águila caudal que se levanta
hasta el cenit, en vuelo desmedido,
así el recuerdo, ¡oh pueblo esclarecido!
de tu Nueve de Octubre se agiganta.

La historia de esa fecha es noble y santa,
y bien haya la sangre que has vertido;
pues del paria no llevan, suspendido,
tus hijos el dogal a la garganta.

Hoy que celebras la marcial escena
que puso lauros a tu augusta frente,
América, contigo, en su memoria,

evoca a Olmedo, a Roca y a Ximena,
porque es gloria también Americana,
la trinidad augusta de tu Gloria!

BATALLA DE PICHINCHA

Vencedoras las tropas de Guayaquil en el combate de « Camino Real », el coronel Urdaneta, apoyándose en las adhesiones de los pueblos del interior, avanzó resueltamente al norte, en demanda de Quito.

Las tropas realistas, casi desmoralizadas, se atrincheraron en la llanura de « Huachi » que — como el sitio « La Puerta », en Venezuela — habría de ser la doble tumba de la libertad ecuatoriana.

Urdaneta atacó con ímpetu, hasta sacar al enemigo de sus trincheras; pero cuando los patriotas creían en la inminencia del triunfo, el sargento mayor Hilario Alvarez, se desbandó con 400 hombres, motivando la más inesperada derrota. Parece que una torpe emulación, mejor dicho, una miserable envidia de los éxitos de Urdaneta determinaron la vil traición del cuzqueño Alvarez quien, como sargento del « Granaderos », se había lucido en la jornada del 9 de Octubre.

Hoy que celebras la marcial escena
que puso lauros a tu augusta frente,
América, contigo, en su memoria,

evoca a Olmedo, a Roca y a Ximena,
porque es gloria también Americana,
la trinidad augusta de tu Gloria!

BATALLA DE PICHINCHA

Vencedoras las tropas de Guayaquil en el combate de « Camino Real », el coronel Urdaneta, apoyándose en las adhesiones de los pueblos del interior, avanzó resueltamente al norte, en demanda de Quito.

Las tropas realistas, casi desmoralizadas, se atrincheraron en la llanura de « Huachi » que — como el sitio « La Puerta », en Venezuela — habría de ser la doble tumba de la libertad ecuatoriana.

Urdaneta atacó con ímpetu, hasta sacar al enemigo de sus trincheras; pero cuando los patriotas creían en la inminencia del triunfo, el sargento mayor Hilario Alvarez, se desbandó con 400 hombres, motivando la más inesperada derrota. Parece que una torpe emulación, mejor dicho, una miserable envidia de los éxitos de Urdaneta determinaron la vil traición del cuzqueño Alvarez quien, como sargento del « Granaderos », se había lucido en la jornada del 9 de Octubre.

El mayor Alvarez fué juzgado y condenado por un Consejo de Guerra que se reunió en Ambato, a raíz de la derrota; pero las 700 bajas sufridas el 23 de Noviembre de 1820, paralizaron el avance de los guayaquileños hacia el norte.

Al saberse en Guayaquil el terrible desastre, la brava ciudad dio muestra inmediata de su denodado temple. Sin pérdida de hora se organizó un nuevo ejército, cuyo mando fué confiado al coronel argentino, José García. Las nuevas tropas y su arrojado jefe quisieron vengar cuanto antes la derrota de « Huachi », y al efecto marcharon hacia Quito, por la vía de Guaranda. Los realistas, alentados por su reciente victoria y prevenidos minuciosamente por el cura español, Benavides, salieron simultáneamente al encuentro de los guayaquileños, a los que encontraron en el sitio llamado « Tanizahua ». El choque fué tremendo: pero las veteranas tropas del coronel peninsular, Piedra, dieron a la postre buena cuenta de los reclutas del Guayas. El coronel García cayó prisionero en el fragor del combate. Se le fusiló en el acto, sin formación de causa, y se le cortó la cabeza, que fué enviada a Quito, donde la exhibieron en una burda jaula de hierro...

* *
* *

Ya parecía imposible que los guayaquileños intentasen la reconquista de la noble Quito, cuando en esto llegó el general Antonio José de Sucre, enviado en misión de alianza por el Libertador Bolívar. La Junta de Gobierno procedió a levantar una nueva división, en tanto que fuesen llegando de Colombia las fuerzas auxiliares que ofrecía el gran Libertador.

Sucre, sensible a los entusiasmos de la nueva tropa, abrió campaña para el interior, y a los pocos días, en el sitio de « Cone » o Yaguachi, encontró al enemigo, al que derrotó completamente.

Informado el general Aymerich del rápido triunfo de Sucre, salió de Quito con grandes fuerzas y avanzó hasta Riobamba, donde se detuvo.

El triunfo patriota había redoblado la vehemencia de los pueblos y Sucre vio su división tan engrosada, que decidió buscar a Aymerich y batirlo. Escalaron los guayaquileños las altas y rocosas serranías; pero el hábil Aymerich, alejando a Sucre de su cuartel general de la costa, retrocedió al norte como invitándole para que lo persiguiese. Por fin, después de algunos días de marchas paralelas, los españoles hicieron alto en la pampa

de « Huachi ». Las tropas guayaquileñas, en vez de estimar de mal agüero la elección del sitio, se llenaron de impaciencia juzgando que había llegado el momento de vengar la derrota del año anterior.

El 12 de Setiembre de 1821, fecha inolvidable para el pueblo ecuatoriano, fué el día de la espantosa derrota: de 1350 patriotas sólo escaparon con vida cerca de 500 hombres. La fatídica pampa quedó cubierta de centenares de soldados imberbes, con la cucarda azul y blanca en el pecho, bañados de sangre los colores que Olmedo había elegido para la bandera de Guayaquil!

*
* *

El 20 de Enero de 1822, Sucre abrió la tercera campaña de Guayaquil contra los realistas, adueñados de Quito; pero, en sabiendo el insigne venezolano que el General San Martín, en vez de devolver el batallón « Numancia », enviaba por el Macará una división de 1100 hombres, compuesta de dos batallones peruanos y de un grupo de « Granaderos de a Caballo », cambió su plan de marcha y partió para el sur, al encuentro de las fuerzas aliadas.

No eran tropas de guarnición las que le urgían, sino de combate. Sucre llegó hasta Saraguro,

donde encontró a la división comandada por el coronel Andrés Santa Cruz. Concentrado el mando supremo en las manos del gran estratega de Cumaná, las tropas restablecieron su marcha al norte, sin otra grave interrupción que la motivada, en Cuenca, por Santa Cruz, quien pretendió desviar sus fuerzas hacia Guayaquil, diz que en cumplimiento de instrucciones verbales del General San Martín...

Sucre tuvo que emplear hasta de amenazas para reducirlo a la obediencia y obligarlo a seguir al norte, en demanda de los españoles.

Al saber el general Aymerich que las fuerzas patriotas, en vez de haberse dividido, marchaban unidas, en número de 3500 soldados, resolvió quedarse en Quito, aumentar sus tropas hasta 5.000 hombres, vigilar atentamente los progresos de Bolívar en la fanática Pasto, y esperar, fortificado y con todo descanso, al audaz cumanés.

El 22 de Abril las caballerías argentina y colombiana, mandadas por los coroneles Lavalle e Ibarra, encontraron en Riobamba al grueso de la caballería española, desprendida de Quito en operaciones volantes. El choque fué terrible: los gauchos y llaneros agobiaron con sus lanzas la firmeza de los sables toledanos.

Este brillante triunfo de arma blanca disminuyó, considerablemente, la incertidumbre de la

división de Santa Cruz. Sucre, eludiendo los tentadores valles del altiplano, empezó por los Andes más altos, desolados y augustos, su habilísimo avance táctico, logrando flanquear las avanzadas del enemigo en el « Jalupana » y burlándolo poco después en el paso fortificado de la « Viudita ». La concepción genial de estos movimientos le permitió situarse sobre el Pichincha, hacia el norte de la ciudad, casi a retaguardia de su numeroso enemigo.

* * *

Asombrado, Aymerich, de la presteza del avance y del valor táctico de los movimientos, concentró en Quito todas sus fuerzas y resolvió impedir lo que Aymerich creía un nuevo plan de Sucre: la unión de éste con el Libertador.

En la madrugada del 24 de Mayo de 1822 las fuerzas españolas comenzaron a escalar las faldas del Pichincha, seguras de batir a los extenuados batallones patriotas. A las 8 de la mañana los soldados del « Magdalena » y el « Yaguachi » rompen los fuegos. Córdova, el futuro Bayardo de Ayacucho, dirige las furiosas cargas, en tanto que Sucre dispone científicamente la línea general del combate.

Generalizado el fuego, los batallones peruanos, « Trujillo » y « Piura » comienzan a ceder más que por su calidad de reclutas, por desidia notoria de sus jefes y oficiales. Sucre, que adivina el peligro, ordena que se refuerce inmediatamente a la división peruana con soldados del « Paya » y del « Albión » y con una compañía del aguerrido « Yaguachi ». El fragor de la batalla se redobla en toda la línea ofreciendo, a los atónitos habitantes de Quito, un espectáculo único por su grandiosidad y significado. Parecía que el cielo se abría para que legiones de semidioses castigaran a los usurpadores de la libertad y el derecho.

Muchos actos heroicos ennoblecen la sangrienta acción; pero el verdaderamente inmortal es el del teniente abanderado del « Yaguachi », Abdón Calderón.

* * *

A la cabeza de su tropa combatía como una fiera, cuando le fué ordenado acudir en auxilio de la línea peruana. Igual que un torbellino despertó nuevo entusiasmo, avanzando con la bandera tricolor en el un brazo y la reluciente espada en el otro. Un proyectil le destroza el derecho y tiene que dejar el arma para sostener su bandera

con el brazo izquierdo!... Pronto, nuevos balazos le inutilizan las piernas, y cae; pero, arrastrándose y animando siempre a sus tropas, avanza con bizarría, en tanto que agita el sagrado pabellón con el único brazo que le queda. En vano sus camaradas del « Yaguachi » quieren retirarle del campo y vendar sus numerosas heridas. Calderón, el gran héroe ecuatoriano, rechaza todo auxilio y continúa alentando la ofensiva de sus tropas. Ya el sector en que lucha, rompe la línea contraria cuando un certero proyectil le destroza el único brazo que le quedaba, el izquierdo!...

Llega entonces el minuto del grande, heroico y sin igual sacrificio. ¡Calderón sostiene la bandera con los dientes, y así le sorprende la victoria patriota!

Cuando el mutilado teniente del « Yaguachi » sintió las dianas del triunfo, dijo a sus bravos camaradas estas memorables palabras: « Hemos vencido y ahora puedo morir en paz ».

* * *

Abdon Calderón, nacido en Cuenca, tenía en sus venas sangre de próceres. Su padre, el coronel patriota Francisco Calderón, fué fusilado sobre el campo de batalla, por orden del brigadier Juan

Sámamo, vencedor el año 1812 en el combate de San Antonio. Su madre, la Señora Garaicoa de Calderón, era hermana del prócer don Lorenzo de Garaicoa, uno de los firmantes del Acta de Independencia de Guayaquil.

El imberbe teniente del « Yaguachi » se había batido, como simple soldado, en las reñidas acciones de « Cone » y en el segundo « Huachi », en las que ganó sus charreteras.

Cuando Bolívar supo el comportamiento heroico de Calderón, dictó uno de esos decretos dignos del S. P. Q. R. (Senado y Pueblo Romano) o del primer Bonaparte, tan acertados ambos en ofrendar honores póstumos.

Más sencillo, pero más conmovedor que el decreto del héroe colombiano, Atanasio Girardot, Bolívar dispuso el ascenso a capitán del teniente Calderón, ordenando que la primera compañía del « Yaguachi » jamás tuviese otro capitán que el joven mártir de Pichincha y que, en las revistas y formaciones del cuerpo, al nombrarse al capitán Calderón, los soldados, presentando sus armas, contestasen: « Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones ».

* * *

La victoria de Pichincha aseguró completamente la independencia que el Ecuador había proclamado, por boca de la ilustre Quito, el 10 de Agosto de 1809. Tras dos lustros de cruentos sacrificios quedaba completamente libre todo el territorio que va desde Pasto hasta Tumbes y desde el Pacífico hasta el confín oriental del Brasil.

Sucre, el estratega magnánimo, permitió que su derrotado enemigo, el general Aymerich, firmase las célebres Capitulaciones del 25 de Mayo, por las que el futuro Mariscal permitía a los jefes y oficiales españoles salir del liberado territorio con sus armas, uniformes, caballos de guerra y con las debidas atenciones para sus valientes personas.

¡Ah, generosidad excelsa de Antonio José de Sucre, que más tarde llegará a lo increíble en las victorias de Ayacucho y Tarqui y en el cobarde atentado de Chuquisaca, donde perdonó con onzas de oro a quien le había destrozado un brazo!

AL ECUADOR

Salve, Patria, impoluta y aguerrida!...
Noble madre de ínclitos varones
que invocando el honor de tus blasones,
la muerte hallaron para darte vida.

Hoy levantas tu enseña redimida,
aquélla, que al tronar de los cañones
— transformada en flamígeros jirones —,
con los dientes vio Sucre, sostenida!

Fuiste todo: la « Luz del Continente »,
que ahuyentó, con sus rayos, las tristezas...
Laureles reclamó tu heroica frente;

propalaron las Famas tus proezas;
y el dios Marte, premiando tu denuedo,
templó la lira de tu bardo, Olmedo!

LA CASA DE BOLIVAR Y EL CUBIL DE BOVES

¡Jardín de América! llamó el Barón Alejandro de Humboldt a la capital venezolana, y en realidad que lo es.

Contra el plafón azul del cielo destaca el Avila su hermosa testa de granito y así, bizarramente erguido, parece el centinela de un extenso parque, de un resucitado Jardín de las Hespérides. Aquí, en las mismas grietas del agrio monte caraqueño, penden como guirnaldas las más caprichosas orquídeas; en sus rugosos declives medran los perfumados cafetales; el agua cristalina de la cumbre canta su romanza versallesca en el sitio de « Los Chorros »; y allá abajo, en la extensa llanura, donde los rosales sirven de cerco a las haciendas, la caña dulce, el ananás, la palma de moriche y los « cambures » recitan, en antífona con el Río Guayre, los sonoros versos de la Silva a la Zona Tórrida:

Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo...
Para tus hijos le procera palma
su vario feudo cría
y el ananás sazona su ambrosía;
y para ti, el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano.

* * *

Roma de nuestro tiempo heroico, en la capital venezolana abrió los ojos el Libertador Americano, «cabeza de virtudes y lengua de maravillas», tan parecido en cualidades bélicas al gran general latino, comentador de sus propias guerras.

A esta Meca del Nuevo Mundo — según la acertada expresión del diplomático ecuatoriano, doctor Rafael H. Elizalde — debiéramos peregrinar, poseídos de veneración y respeto, todos los indo-americanos, como van a la ciudad sagrada de la Arabia los creyentes del morabita batallador.

Heroica es la fisonomía de Caracas, ya por su grave ceño colonial, ya por sus achatados edificios que parecen arcones con sus férreos ventanales, con sus vastas puertas zaguaneras que añoran la majestad del escudo. ¡Arcones! Grandes y bizarros arcones, en cuyo fondo se conservan nobles per-

gaminos, romances de cien batallas libertadoras y las canciones de gesta que los viejos bardos libres dedicaron a la heroína Eulalia Buroz y a la brava generala Luisa de Arismendi.

Gracias a un traslado de mi carrera consular me fué posible hacer la peregrinación aconsejada por el Ministro Elizalde. Conservo de Caracas la más grata e imborrable memoria, pues que fui en la cuna ilustre del Libertador el pariente que retorna, el hermano que vuelve a la mesa familiar y habla, sin embarazo, de sus viajes, de sus aventuras, de sus alegrías e íntimos dolores...

Faltaría al más simple deber de urbanidad si no consignara, en estas líneas, la fraterna orientación de Venezuela en todo lo que toque verdaderos intereses ecuatorianos. Saben muy bien sus estadistas que en el Ecuador ha sido siempre firme, inalterable y sin asomo de vacilaciones el culto del Libertador; saben, también, que fué la tierra ecuatoriana la hondamente preferida por el alma blanca y recta de Antonio José de Sucre; saben, así mismo, que murieron sitiándose ecuatorianos: Pedro Gual, León de Febres Cordero, Bartolomé Salom, Juan José Flores y Luis de Urdaneta.

Sin duda que fueron estos antecedentes los que tuvo en cuenta un Congreso Venezolano para declarar y reconocer, en voto elocuentísimo, la

honrosa excepción del Ecuador en las negras ingratitudes de los pueblos libertados por Bolívar.

*
* *
*

Caracas es un museo histórico abierto al aire libre. Para visitarlo y estudiarlo detenidamente conté con mi amigo y culto diplomático, el señor doctor Rafael J. Fosalba, Ministro Plenipotenciario del Uruguay.

Ningún país de América ofrendó tanta sangre a la causa de la libertad como Venezuela. Es cosa evidente que España no se cuidó de expedicionar ni contra Méjico, ni contra Buenos Aires, mucho menos contra el realista y aristócrata Perú. Fué contra las tierras que baña el Orinoco que la Península descargó su rosario de generales y aguerridos *tercios*; y fué Venezuela la única colonia que decretó la guerra a muerte, no en condiciones de vencedora, sino precisamente cuando los españoles la juzgaban abatida, masacrada por la metralla y el terremoto, llena de pestes, sin víveres y sin fuerzas para continuar la lucha. « Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y la venceremos! » dijo Bolívar sobre los escombros de la ciudad de Caracas!

A este respecto ya he citado, en otro capítulo, las obras de Rufino Blanco-Fombona, cuya maravillosa lógica ha petrificado a unos cuantos mistificadores de la Historia...

El edificio que sirve de Ministerio de Relaciones Exteriores a la capital venezolana es la célebre « Casa Amarilla », en cuyo patio fueron bárbaramente degollados los próceres Gual y España; más allá, frente al Capitolio Federal, está la casa en que naciera el « emparedado de la Carraca », el ilustre General Miranda, precursor de la independencia; tornando hacia el barrio de Altagracia, en una esquina que se asoma a todos los horizontes, álzase la casita en que vio la luz don Andrés Bello, poeta, diplomático, jurisconsulto, filósofo, políglota y virtuoso educador; y, para no pecar de extenso, están, abajo, en la Plaza de San Jacinto, la imponente mansión de Bolívar, y arriba, en un peñasco, sobre un poliedro taciturno y gris, la casa del sanguinario brigadier José Tomás Boves.

* * *

Me detendo, reverente, ante la casa del Libertador y digo, con el magistral discurso del Padre Borges:

¡Alabado sea el misterio de la Santísima Trinidad!...

Con sujeción al más estricto original se ha restaurado lo que el tiempo, con su corrosiva lepra, había destruído en las partes más nobles del edificio. Los roñosos capiteles de ladrillos han sido renovados devolviéndoseles su primitiva fisonomía; el escudo de familia — una piedra molar en la que medra el laurel de la victoria — se lo ha tallado en roca del viejo Mayorazgo de Vizcaya. Auténtica e intacta consérvase la alcoba donde nació Simón de Bolívar y Palacios. Ahí, sobre una linda mesa colonial, están algunos recuerdos del arrogante hijo de Caracas, que impuso su elegancia a los Brummels del Primer Imperio Napoleónico; ahí, segadora de laureles, la fuerte espada que ganó cien batallas y supo abrirse paso en las presionantes acciones de Rincón de los Toros, Casacoima, Pantano de Vargas, Junín y nefandas horas del atentado bogotano...

La casa del Libertador no es ciertamente el « Museo Bolivariano »; pero en ella se ha colocado la pila en que se bautizó el nuevo *Simoncito Macabeo*, los muebles fidedignos de la época y algunos retratos de familia entre los que sobresale el de la energética señorita Antonia de Bolívar, « mi fuerte hermana Antonia », como la llamaba el Libertador.

En el salón principal se destaca, por su veneciana belleza, la grandiosa lámpara que hace siglo y medio obsequiara la familia Bolívar a la iglesia de San Mateo, el pueblo en cuyas lomas se inmortalizó Antonio Ricaurte.

*
* *

Con el distinguido Ministro Uruguayo, Doctor Fosalba, recorro el barrio de Altagracia, doblemente afámado por sus lujosas mansiones y por las caritas que enseñan sus ojazos de incendio tras de las moriscas rejas...

Subimos lentamente hacia la iglesia de La Pastora. Dentro de los patios andaluces se oyen voces cantarinas, chistes espontáneos en dialecto *sigüü*, que es el idioma ingenioso de los hijos del Guayre.

Aquí, en este tabernáculo del buen tono, mi caballeroso amigo, Henrique Pérez Dupuy, acoge

espléndidamente al Cuerpo Diplomático; más allá la viuda del pintor Michelena oficia un doble culto de amor y respeto, mostrando a cuantos quieran la evolución artística de su genial marido, premiado casi imberbe por la ciudad de París.

Hemos llegado a la iglesia. Bordeamos su elegante ábside para vernos de pronto en el puente de Carlos III. Desde la balaustrada de este antiguo monumento Caracas ofrece un panorama de cromo suizo, de riente ciudad italiana: contra la masa granítica del Avila proyéctanse las torres de la ciudad como signos de admiración.

Muy cerca del viejo puente está la sombría casa de Boves, el hombre sin miedo, pero poseído de inauditas crueldades. La morada tiene el brusco aspecto de una fortaleza medioeval, erguida en lo alto como para dominar a la ciudad que tiene a los pies. Grandes pilones de sillería se empotran sobre la quebrada, sosteniendo gravemente el cuerpo del edificio. Como ventanas para el exterior sólo tiene un balcón achatado, que más bien parece una poterna.

El dormitorio de Boves ocupa el centro de la casa y cuenta con cuatro puertas dirigidas a los puntos cardinales, precaución del brigadier asturiano para poder escapar, por el lado más conveniente, en caso de que atentasen contra su vida.

* * *

Lo más trágico y notable de esta casa es su balcón, desde el cual se domina el « campo del mamoncillo », terreno llamado así por hallarse en él un árbol de este pequeño y redondo fruto. En ese campo verdegueante, salpicado de florecillas silvestres, el brigadier José Tomás Boves hizo ejecutar a centenares de patriotas venezolanos.

Dicen las crónicas de la época que, sentado en el balcón, el tigre asturiano presenciaba tranquilamente las ejecuciones, en tanto que sorbía sendas tazas de café llanero.

Sin duda que la sangre de tántas y tántas víctimas ha fertilizado aquel lugar de pasadas tragedias, que hoy tiene el vistoso aspecto de un jardín. Sobre sus grises tapias las hermosas « trinitarias » penden como chorros de sangre coagulada!...

Triste la visión y penoso el recuerdo; más la imparcialidad de la historia reconoce hoy que el valor, la energía estupenda y la pasmosa actividad del brigadier Boves sirvieron para desarrollar de golpe estas mismas virtudes en el alma grande de Bolívar, como la enorme musculatura de Goliat dio fuerza y decisión el brazo de David.

AYACUCHO

Una vez que Bolívar hubo cumplido, en Junín, sus maravillosas palabras de Pativilca, graves asuntos de orden político le obligaron a tornar a Lima, donde el fermento de traición, en consorcio con las intrigas de politicastros a lo Monteagudo y Berindoaga, pretendía dar al traste con el gobierno libre.

Entre los jefes que militaban bajo las órdenes del Libertador, los había de larga experiencia como Valdez, muy hábiles como La Mar, muy arrojados como Córdoba y Lara, y valientes hasta la locura como Trinidad Morán y Laurencio Silva; pero entre todos ellos ninguno más soldado, más estratega, más severo de la disciplina y más capaz de resolver una situación y ultimarla, sea con el sacrificio, sea con la generosidad, que el general de treinta años, Antonio José de Sucre, ya impuesto a la opinión de una veintena de jefes por sus hábiles triunfos del Ecuador y por sus bri-

llantes campañas de Arequipa y el Alto Perú, realizadas a raíz de los pavorosos descalabros de Santa Cruz y Gamarra.

Entre las tropas vencedoras en la épica « Pampa de los Reyes », no causó la menor sorpresa que el mando supremo fuese confiado a la pericia táctica del joven cumanés, a quien Bolívar dio sus instrucciones y comunicó sus planes de avance y penetración a la sierra del Perú, dejando al talento del futuro Mariscal la portentosa empresa de dividir a los 18.000 realistas del Virrey La Serna y de los generales Olañeta, Canterac y Monet.

* * *

« Batalla de las Naciones » se llama, con justicia, a la gran jornada del 9 de Diciembre de 1824. Las fuerzas españolas, incluyendo aquellas que guarnecían a las ciudades dependientes del Rey, sumaban 24.000 hombres. El ejército patriota con sus guarniciones, sus sitiadores del Callao y su impedimenta llegaba a 22.000 hombres, de los cuales 15.000 eran « neo-granadinos » y 7000 eran peruanos, figurando en las filas de éstos los rezagos de las fuerzas traídas de Valparaíso, el año 1820, por el General San Martín, esto es, algunos soldados de las Provincias Unidas del Río

de La Plata (Argentina, Uruguay y Paraguay) y gente de Chile y del Alto Perú, hoy Bolivia.

De los 15.000 neo-granadinos, la mitad la formaban las tropas del « sur de Colombia », o sea del Ecuador; según se desprende de los documentos oficiales de la época, relativos a las naves republicanas encargadas de hacer los transportes. La otra mitad corresponde a las expediciones que, desde el Istmo, condujeron al Perú el general Lara y los coroneles Valero y León, respectivamente. Los soldados de estas últimas expediciones eran venezolanos, colombianos y panameños.

Los datos que apunto al correr de la pluma constan, detallados con toda minuciosidad, en el *Memorial* que el 22 de Setiembre de 1848 presentó al Gobierno de Lima el Ministro Plenipotenciario de Colombia, Excmo. Señor Franco Martín.

La tercera campaña libertadora del Perú, que habría de terminar en la Batalla de Ayacucho contó, en el sector propiamente bélico o de fuego, con 18.000 realistas y 6500 patriotas. En ella tomaron parte, representados en grandes o pequeñas fracciones, soldados de casi toda la América del Sur; y es por esto y por la grande aspiración que selló la jornada, que los historiadores llaman merecidamente « Batalla de las Naciones » a la gloriosa victoria del 9 de Diciembre de 1824.

* * *

Escribo estas líneas para rendir homenaje a los soldados de mi Patria, a los héroes ecuatorianos que tomaron parte decisiva en la gloriosa acción que me ocupa, por lo mismo que el tributo de sangre ecuatoriana fué, con el muy natural del Perú, de lo más patente y ostensible.

El 23 de Marzo de 1823 salió de Guayaquil para las tierras peruanas el primer contingente de 3000 ecuatorianos, hijos del Sur de Colombia, enfilados en los batallones « Yaguachi », « Pichincha », « Voltijeros » y « Vencedores ». Siguieron después otros embarques de tropas en las corbetas « Alejandro », « Macedonia » y « Guayaquileña », hasta el 10 de Agosto del mismo año en que, reforzando la grande expedición que desde el Istmo conducía al Perú el general Lara, Bolívar salió de Guayaquil con 1400 hombres, un millón de pesos fuertes ofrendados a la libertad del Perú por el Departamento del Guayas y un abundante convoy de víveres, mantas y pertrechos regalado por Quito, Ambato y Cuenca a las tropas expedicionarias, según consta y puede comprobarse en los oficios del diligente embarcador, general Tomás de Heres, publicados en las *Memorias* de O'Leary.

Como muestra de la importante contribución de sangre ecuatoriana para la independencia del Perú, baste apuntar que sólo en la ciudad de Cuenca, cuna de Abdón Calderón, el coronel Diego Ibarra reclutó, en Abril de 1823, un contingente de 520 ciudadanos, uniformes y vituallas para una fuerza de 600 soldados y 20.400 pesos fuertes que la heroica Cuenca, la antigua Tomebamba del Inca Huayna Capac, ofrendaba a la libertad del Perú.

He aquí los recibos que el bravo coronel Ibarra, vencedor con el argentino Lavalle, en Riobamba, confirió al Gobernador de Cuenca, el 2 Abril de 1823.

« He recibido del Señor Gobernador, coronel Ignacio Torres, quinientos veinte reclutas mozos y robustos, para conducirlos a Guayaquil. — Cuenca, 2 de Abril de 1823, 13º de la libertad (f) D. Ibarra ».

« He recibido del Señor Gobernador, coronel Ignacio Torres, diez y seis mil cuatrocientos pesos en dinero efectivo, y cuatro mil pesos en libranzas contra la masa de Diezmos de Guayaquil. — Cuenca 2 de Abril de 1823, 13º de la libertad. (f) D. Ibarra ».

¡Sangre y oro ecuatorianos, ofrendados con gran desprendimiento por el « Sur de Colombia » a la independencia del Perú!

Cuando el ejército del general Canterac fué destrozado en la épica « Pampa de los Reyes », triunfo que fué el exordio de la victoria definitiva de Ayacucho, Bolívar, que era la encarnación más acaba de la Justicia, ordenó, en el acto, que se comunicase el triunfo a los Departamentos de Guayaquil y Quito y que, por medio de éstos, se *agradeciese* al « Sur de Colombia » (hoy Ecuador) la gran parte efectiva que le correspondía en el triunfo de Junín y en las futuras victorias.

El general Juan Paz del Castillo, Comandante Militar de Guayaquil, cumplió este noble cometido, dirigiendo a Quito la siguiente nota:

« Guayaquil, 31 de Agosto de 1824 - 14º de la « libertad.

« Al Señor Intendente Comandante General del « Departamento del Ecuador, Quito.

« Tengo la satisfacción de anunciar a V. S. el « primer triunfo del Ejército unido libertador del « Perú, sobre los españoles, el 6 del presente. Ha « sido completamente destruída su caballería por « la nuestra, como se impondrá V. S. por el adjunto « parte. Este acontecimiento presagia la pronta « libertad del Perú, y yo *felicitó* a V. S. y al De- « partamento de su mando *por la parte* que tiene « ella, por los *auxilios* que, con tanto desinterés,

« ha prestado para esta empresa. Dios guarde a « V. S. (f.) Juan Paz del Castillo ».

Conviene recordar cuán sangrientas fueron las campañas libertadoras del Ecuador y los diez años de bárbara exacción ejercidos en nuestro territorio por los generales españoles Toribio Montes, Juan Sámano y Melchor Aymerich para darse cabal idea del enorme sacrificio que significó, entonces, nuestra espontánea concurrencia a la liberación del Perú.

Dos lustros de cruento combatir habían diezmado a los habitantes del « Sur de Colombia » y la pobreza, como epílogo de tan largas luchas, había privado de toda fortuna y desahogo a nuestras provincias. Sin embargo, el Ecuador, lo mismo que a raíz de los desastres de « Huachi » y « Tanizahua », supo colocarse a la altura de la situación, comprender el vasto pensamiento de Bolívar y contribuir con millares de soldados y con millones de pesos — ya en efectivo, ya en materiales — a la tercera y definitiva campaña libertadora del Perú.

Ayacucho es nombre sumamente grato al oído ecuatoriano: no hay calle, plaza pública, colegio, unidad de guerra o nave nacional que no lo lleve con notorio orgullo. Sabemos desde niños de escuela, que parte de tan enorme gloria es también gloria nuestra, y nos entusiasma recordar que en el día

de la memorable acción — brazo a brazo con los demás hermanos de América — supieron nuestros abuelos alcanzar la inmortalidad, peleando y muriendo por la ventura de todo el Continente. Además, siempre recordaremos que 2000 peruanos fueron conducidos al fragor de la lucha por nuestro compatriota, el ilustre general José de La Mar y Cortázar.

* * *

La campaña llamada « de la Sierra », que siguió al triunfo de Junín, se la estima, desde el punto de vista táctico, como la más hábil y la más perfecta de todas las que hasta hoy se han realizado en el vasto Continente Americano.

Por sobre las vértebras de los Andes peruanos, venciendo un interminable rosario de peligros y escabrosidades, los dos ejércitos lograron realizar, al correr de varias semanas, movimientos prodigiosos, despliegues rapidísimos y concentraciones llenas de ingenio, hasta que Sucre, inspirado sin duda por Marte, ejecutó el íntimo pensamiento de Bolívar, esto es, separar — en el yermo corazón de los Andes — al ejército de La Serna de los ceranos batallones de Olañeta. Gracias a la táctica del insigne cumánés, el último Virrey del Perú fué

arrastrado a la lucha con la mitad de las fuerzas realistas: 9000 hombres.

Tarde vino a comprender el general español la maniobra realizada por Sucre, pues cuando quiso remediar lo sucedido y forzó brillantemente sus marchas, apenas si alcanzó, en la quebrada de « Corpahuaico », a la retaguardia de los patriotas. El coronel inglés, Sandes, con el batallón « Rifles », aguantó heroicamente el formidable choque hasta que reforzado por el « Vargas » en que hacían leonina cabeza los jefes venezolanos Trinidad Morán y Laurencio Silva, logra el intrépido Sandes — rival de Sucre en los amores con la Marquesa de Solanda — anular el sorpresivo ataque de La Serna y eludir una batalla que habría sido sumamente peligrosa para los republicanos.

* * *

Es la tarde del 8 de Diciembre de 1824. Por fin, en el campo de Ayacucho, las divisiones contrarias se miran frente a frente, ocupando los españoles una serie de colinas entre las que sobresale « Condurcunca », destinada a servir de pedestal a José María de Córdoba.

La grandiosa acción es precedida de un acto caballeresco, digno de las nobles justas medioe-

vales. A la hora del crepúsculo, cuando el Sol de los Incas se hunde entre púrpura y oro, un acuerdo mutuo permite a los combatientes de ambos lados abrazarse en la víspera de la gran jornada. Los hermanos Sevilla, hijos de Ambato, realista el úno y patriota el ótro, se estrechan después de algunos años de cruel separación. El general La Mar, recordando sus días de lucha en España, conversa amigablemente con su colega y camarada, el general Cantarac, quien, aunque vencido en Junín, admira con entusiasmo al Libertador. En otro lugar del campo de armisticio, el « catire » Lara dice con voz de trueno sus chistes llaneros, que le celebran con risas y chirigotas los elegante oficiales del regimiento « Aragón ».

Solamente Sucre, entregado en su tienda a un profundo meditar, se subtrae a los júbilos de la caballeresca tregua. Piensa en el pensamiento augusto de Bolívar, en la libertad de América, y piensa también en los ojos azules y en las níveas manos de la Marquesa de Solanda...

En la madrugada del 9 de Diciembre, jinete en su brioso corcel andaluz, Sucre dispone la batalla en esta forma:

Flanco derecho: división del general Córdoba, con cuatro batallones Colombianos.

Flanco izquierdo: división peruana, al mando del general La Mar.

Centro: división del general Miller con fuerzas mixtas de caballería e infantería colombianas.

Reserva: división del general Lara, con las reliquias de los batallones « Rifles » y « Vencedores ».

El Virrey don José de La Serna, sin dejar sus magníficas posiciones, dispuso sus fuerzas en consonancia con el cuadro de combate que le ofrecían los patriotas.

* *
* *

El sol mañanero hería oblicuamente las armas de los dos bandos, cuando Sucre, con voz vibrante y estentórea, arengó a sus tropas con estas breves e inmortales palabras: « De los esfuerzos de hoy pende la suerte de América ».

El choque fué tremendo. Los vencedores de Carabobo, Boyacá y Pichincha, acostumbrados a pelear lo mismo en el frío que en el calor, lo mismo satisfechos que con hambre, afirmaron una vez por todas el porfiado arrojo adquirido en catorce años de sangriento reñir.

La división peruana, no obstante las vacilaciones de la lucha, logró vengar los desastres del Desaguadero, Moquegua y Arequipa. El te-

rrible Lara acude con presteza al lado de Sucre y ambos, con los batallones « Vargas » y « Vencedores », libran a La Mar de un inminente fracaso. El bravo Monet había roto la línea y ya comenzaba el desbande de los peruanos cuando los llaneros y quiteños restablecieron la lucha penetrando hasta las mismas filas españolas. Prisionero el general Monet escapa de la muerte por intervención del mismo general Lara. Pero entre tanto episodio de la gran batalla ninguno más hermoso que la manera como cumplió el general Córdoba una orden presionante del gran estratega venezolano. « Precisa — le dice Sucre — que sus tropas se apoderen en el acto de Condurcunca ». Se trataba nada menos que de la más alta y central de las colinas españolas, desde donde los realistas distribuían certeramente la metralla.

Córdoba, el arrogante general de 24 años, blanco, rubio, buen mozo; el soldado apolíneo que solía mirarse en el espejo y decirse: — Córdoba, eres general, tienes valor, fortuna y juventud, ¿qué te falta?... — Juicio, mucho juicio, contestábale el fiel asistente que le ceñía la espada o le pulía, como un diamante, las guerreras botas. Pues bien, este Bayardo de América, en recibiendo la orden de Sucre, se desmonta de su caballo, le mata de un pistoletazo, coloca luego el *jipijapa* en la punta

de su sable, le alza en alto como lo hiciera con su penacho Enrique el Bearnés y, dirigiéndose a sus tropas, da la siguiente voz de mando que es toda una epopeya: «Soldados, armas a discreción y al paso de vencedores, marchen!»

Entre nutridas descargas y tremendos sablazos Córdoba y sus valientes trepan la loma de «Condurcunca», desalojan a los españoles y producen, con su arrojado asalto, la derrota de don José de La Serna, generalísimo español y Virrey del Perú.

* * *

El notable historiador, César Cantú, coloca la Batalla de Ayacucho entre las grandes jornadas de la Humanidad, junto a Maratón, Campos Cataláunicos, Lepanto, Valmy, Leipzig y Lexington. Desde luego, en lo militar, ella está reputada como un acabado modelo de exactitud y estrategia. Sucre venció por su talento a un enemigo superior en fuerzas, situado en buenas posiciones y vituallado con magnífico material ofensivo; pues conviene recordar que el ejército patriota, después de la sorpresa de «Corpahuaico», no tuvo más artillería que una sola pieza...

Si la línea de batalla estuvo científicamente dispuesta, lo que realmente asombra son las ven-

tajas que Sucre supo tomar en el mismo momento del fuego, concentrando unas veces el peso de la acción en una parte para luego volverse rápidamente sobre otro punto que en verdad le interesaba. Él, en persona, supo remediar el colapso de la división peruana, usar con acierto las reservas de Lara y disponer, en lo más patético de la acción, que Córdoba tomase « Condurcunca » como sólo él podía hacerlo: a filo de sable, a fuego de pistola, a puñetazos o a dentelladas, hazaña que, después de un siglo, el mundo ha visto repetir en las colinas de Verdun.

Es del polvo ensangrentado de Ayacucho de donde ha subido, a la absoluta Inmortalidad, el gran estratega y héroe de la independencia del Ecuador, general Antonio José de Sucre, gloria de Venezuela y orgullo de Cumaná, que le vio nacer y luchar desde la adolescencia.

El triunfo del 9 de Diciembre de 1824 fué completo y digno de la gran causa que lo inspiraba. 1500 realistas muertos, 800 heridos y 3200 prisioneros. Catorce piezas de artillería con todas sus municiones, más el dinero, las banderas, los víveres y todo cuanto formaba la rica impedimenta del formidable ejército español. Se rindieron 14 generales o brigadieres, 16 coroneles y 68 oficiales. Como dice el maestro José Enrique Rodó, estos

valientes jefes y oficiales, al alargar al vencedor los pomos de sus orgullosas espadas, devolvieron los títulos por los cuales España había tomado posesión del vasto Imperio de los Incas.

* * *

Como cosa del gran pensador uruguayo, es justo y acabado su pensamiento, pues el ejército vencido en Ayacucho entregó, a raíz de la derrota, en la ciudad del Cuzco, el Real Estandarte con que Francisco Pizarro, en nombre del Emperador Carlos V, había tomado, en 1527, completa posesión del Imperio de Atahualpa.

El Virrey La Serna puso en manos de su generoso vencedor aquella ilustre y sagrada reliquia. Sucre, juzgándola el mejor laurel de su corona, la ofrendó a su patria, Venezuela. Yo la he visto y admirado en una vitrina del Salón de Actos de la Ilustre Municipalidad de Caracas, donde se dignó mostrármela el ágil y distinguido periodista, don Rafael Silva.

Fué tal la resonancia que tuvo en España la Batalla de Ayacucho que, hasta hace pocos años, se designaba con su nombre a todo general que tuviera la desgracia de experimentar algún descalabro de armas.

Cuando Bolívar supo en Lima la brillante victoria del 9 de Diciembre, exclamó presa de un hondo entusiasmo: « Sucre es el primer general de Colombia. Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el Imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Capac ».

Y luego, sentándose Bolívar en su escritorio, redactó de su puño y letra un vibrante decreto por el cual confería al general de treinta años un título militar que el gran Libertador, en sus largos años de campañas, no había conferido a estrategias como Rafael Urdaneta, José Félix Ribas y Anzoátegui; a valientes como Páez, Mariño, Bermúdez y Montilla; a intelectuales como Soubllette, O'Leary y Santander; a ínclitos Bayardos como Plaza, Cedeño y Córdoba; a leones de bélica zarpa, como Zaraza, Lara e Ibarra. El título que Bolívar ofrendó a Sucre fué el de *Gran Mariscal de Ayacucho*, y con este nombre ha pasado a la inmortalidad el nobilísimo héroe de la « Batalla de las Naciones ».

EL CONGRESO DE PANAMÁ Y LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

El curioso postulado de que a toda enorme guerra, a todo piélago de sangre corresponde una conquista moral, un nuevo progreso de la mentalidad humana, uno como empinamiento hacia las fraternas doctrinas de Cristo, aparece — en el trágico proceso de la historia contemporánea — arropado de verdad relativa. Los Congresos de Munster y de Viena, al mismo tiempo que epílogos de hecatombes, fueron también el exordio de un nuevo orden político, de una ética internacional más humanitaria y cristiana.

Con todo, el Congreso de Viena, que se dijo inspirado en la paz y en el equilibrio de la Europa civilizada, sembró a destajo las semillas de la guerra, porque en su seno jugaron papel decisivo las ambiciones teocráticas, el absurdo privilegio de ciertas familias catalogadas en el Almanaque de Gotha, cuyos representantes, en vez de seguir

el camino recto de la nueva conciencia moral y política, apenas si aplicaron a medias determinados principios de la justicia internacional.

El Congreso de 1815, llamado en su tiempo « admirable », creó al final de cuentas el más ingrato recelo entre las naciones de Europa y, por lo que respecta al Nuevo Mundo de Colón, dio franco pábulo a la liga de la « Santa Alianza ». En el curso de sus decantadas sesiones Inglaterra afirmó su absorbente imperialismo; Francia fué sacrificada a las ambiciones de Prusia; Austria clavó sus potentes garras en la Península Italiana, y Turquía quedó tan fuerte y tan sanguinaria se tornó que luego habría de producirse Balakava y Sebastopol para contenerla en su fobia de inermes cristianos. Finalmente el Congreso de Viena dio al traste con las agrupaciones democráticas de Italia, destruyendo repúblicas felices como las de Venecia y Génova y retardando, con el poderío acordado a los Borbones de Nápoles y Sicilia, el gran sueño de José Mazzini, realizado a medias no obstante las victorias de Voltorno y Gaeta y los cruentos sacrificios de Mentana y Monte Redondo.

*
* *

Casi al mismo tiempo que el Congreso de Viena torcía sus inspiraciones de paz y equilibrio político, Simón Bolívar, el genio del Nuevo Mundo, meditaba en la isla de Jamaica no solamente sobre el futuro advenimiento de la paz americana, sino también sobre el reinado de una justicia internacional.

¡ Justicia!, palabra nueva, apenas oída en los aparatosos debates de la urbe danubiana; palabra que el Libertador extrae de la conciencia jurídica, del espíritu mismo de las leyes, de las inquietudes del filósofo-moralista de quien se ha dicho, con innegable acierto, que « habiendo perdido el Género Humano sus títulos, Montesquieu los había encontrado de nuevo ».

En la carta profética de Kingston — cumplida fielmente al escaso correr de una centuria — Bolívar bosqueja la verdadera « Sociedad de las Nuevas Naciones ». Aún no está la América totalmente libre del yugo de España; él se sabe pobre, en exilio, negado de los Mariños y los Bermúdez, huésped de una colonia inglesa; pero su gran corazón presiente el orto de las victorias, su espada vibra por segar ya los laureles de Corabobo,

Boyacá y Junín, y sus dos nobles brazos se aprontan para «colocar la Libertad en el templo del Sol», según la clásica expresión de Olmedo.

Han transcurrido dos lustros, y están muy lejos los tristes días del hondo meditar en las playas de Kingston.

¡América es completamente libre!

Varios estados surgen de la espada de Bolívar. Nacen con ellos especiales intereses y, países más humanos que los egoístas de Europa, éstos de la joven América deberán formar una liga de cooperación mutua, una hermosa liga internacional inspirada en la Justicia, que es la única fuerza metafísica que puede garantizar el reinado de la Paz.

Comienza el año 1825. El Libertador se encuentra en el Perú, en el altísimo pináculo del concepto *carliliano*. La Serna y Rodil acaban de entregarle los títulos del dominio español, y Bolivia ha brotado de las manos sabias de Bolívar. Se columbra la necesidad de un equilibrio, y precisa que en América rija la armonía internacional inspirándose en la Justicia.

El Libertador, cristalizando su pensamiento de Jamaica, convoca el Congreso de Panamá, verdadero origen de la actual Liga de las Naciones.

* * *

Hemos visto que Bolívar invitó a los nuevos países de ambas Américas cuando éste hallábase en la cumbre máxima de la gloria, como que Benjamín Constant se preguntaba, en París, ¿qué espera ese genio para ceñirse mercedamente una corona?...

Era la figura más influyente y poderosa del Nuevo Mundo. El general Alvear, en nombre del Gobierno Argentino, pedíale fuése a dirigir la guerra que deseábase emprender contra el Imperio del Brasil, detentador de Montevideo. Cuba le esperaba frente a la expedición libertadora que él mismo consideraba justo realizar terminada la libertad del Perú.

Bolívar quería que el futuro Congreso conociese y discutiese estos grandes problemas. Por desgracia, cerca de su persona —al amparo de mil más-caras— la envidia, la ignorancia y la más artera emulación tendían sus siniestras redes y, mientras el Libertador desbarataba en el sur nubarrones de tormentas, allá, en el norte, en Bogotá y en Valencia, la sierpe de la asechanza y el cuervo de la calumnia se daban la mano para obstaculizarlo todo y realizar prontamente, al calor de las

bajas ambiciones personales, la obra de mutilación y agotamiento.

El idealismo de Bolívar fué demasiado grande para el medio social de aquel entonces, burda masa heteróclita de caudillos voraces, salidos de nivel al fragor de la independencia.

La misma República Norte-Americana, cuyos austeros rumbos dirigían hombres como Jefferson, Madison, Adams y Monroe, no quiso darse exacta cuenta de la altísima concepción de Bolívar y, creyéndola imaginada para resistir a determinado grupo de potencias europeas, recordó haber instituído el 30 de Noviembre de 1823 la llamada « Doctrina Monroe », de tan elásticas aplicaciones y capaz de imponer una paz absolutamente varsoviana...

Pero, qué decir de la sólida nación anglo-sajona, casi excusada por su antítesis racial, cuando en nuestra América, donde todavía no se plasman en un todo etnológico las sangres india, ibérica y africana, las ideas de Bolívar apenas si fueron comprendidas; pues que fué realmente débil el apoyo ideológico que al Congreso Americano de Panamá prestaron hombres como Andrés Bello, Pedro Gual, Francisco Antonio de Zea, José Joaquín de Olmedo, Toribio Rodríguez de Mendoza y Vicente Rocafuerte.

* * *

Sin grande entusiasmo, sin la comprensión completa de tan bellissimo ideal, los Plenipotenciarios de los nuevos países de América se reunieron perezosamente en Panamá, en 1826.

Los enemigos del Libertador, que a la época del Congreso eran tantos como tormentas hieren las níveas cumbres del Himalaya, propalaron a su sabor una vil consigna salida de Bogotá: « Juzgar el Congreso como una maniobra de Bolívar para eternizarse en el Poder ».

No pasarían dos años de la fracasada Asamblea Panameña, cuando el puñal de un cobarde grupo de asesinos atacaría al Libertador de sorpresa, a la media noche, cuando le creían los conspiradores indefenso y dormido!... Bendita siempre sea la brava y hermosa quiteña, Manuela Sáenz de Thorne, que libró a la América de un imborrable estigma.

Pero no terminan, con estos negros incidentes, las desventuras del Congreso de Panamá, cuyo moderno reflejo — la Sociedad de las Naciones — ha costado la vida de quien lograra realizarla.

Corresponde a un soldado y estadista argentino la ingratisima empresa de mistificar el noble

pensamiento de Bolívar. Con hermenéutica simoníaca, en librepensamiento de ostensible acomodo familiar, el señor Bartolomé Mitre, yerno del general José de San Martín, sostiene que el Congreso Americano de Panamá encuadraba solamente a las ambiciones del Libertador. Más tarde, el mismo general Mitre, elevado a la Presidencia de su Patria y entregado, como nunca, a estrujar los ideales del Libertador, afirma en carta política dirigida al gran literato, Domingo Faustino Sarmiento, Ministro de la Argentina en el Perú, «que el Congreso Americano del año 1825 lo inventó Bolívar para dominar la América y que el móvil egoísta que lo aconsejó mató la grandeza de la obra».

Ah, señor Mitre!... Bolívar no necesitaba de recursos de tramoya para dominar la América, si tal cosa hubiese querido. Tenía lo que generalmente faltó a otros héroes: un brazo sin miedo, una espada infrangible y un cerebro colosal. Por algo la Francia, que había visto coronarse a Napoleón, se preguntaba con asombro ¿cuándo se corona Bolívar?...

Al Congreso de Panamá, a esa Liga de las Nuevas Naciones, cuya grandeza reconoce a regañadientes el señor Mitre, no la mató la ambición idealista que encerraba, sino la ignorancia del medio, los celos de Norte-América y la labor subterránea y siniestra de los conspiradores de

Bogotá y Valencia, sacados de la nada por el corazón generoso de Bolívar.

Se ha necesitado de un siglo para que los conductores de pueblos, advertidos ya del fracaso de Munster y Viena, aprecien en toda su hermosa amplitud lo que — según el yerno del general San Martín — encuadraba solamente a las ambiciones de Bolívar, sin comprender el señor Mitre que esas « ambiciones » encerraban justamente a la nobilísima Asamblea Internacional que hoy funciona en Ginebra.

*
* *

Al gran estadista Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos de Norte-América, nobilísimo corazón y recta conciencia, verdadero apóstol de su época, es a quien había de presentarse, en 1919, la ocasión de llevar a la práctica — con el prestigio de una doble fuerza moral y económica — el fracasado ideal bolivariano de unir pacíficamente a los pueblos bajo la égida de la Justicia. Por fortuna para el gran Presidente Norte Americano, ya no existe el historiador Mitre: es *nada* entre el polvo informe de la Nada!...

Los más ilustres pensadores contemporáneos, inclinados ante Woodrow Wilson, mártir de la

Humanidad, declaran que una nueva conciencia ilumina a la Civilización. En Ginebra « La Société des Nations » adquiere día a día mayor prestigio y una fuerza moral cada vez más formidable. El reinado de lo justo, tan utópico y dudoso, vanamente ensayado en las Conferencias de La Haya y en los soporíficos Congresos Pan-Americanos, va cobrando forma práctica y estable, porque la Asamblea de Ginebra se inspira en la misma base del Congreso Americano de 1826: la Justicia!

Agotada física y moralmente en la realización de esta obra, la figura de Wilson irá creciendo día a día, como la del Héroe Epónimo, vaticinada por el Cura de Choquehuanca.

El malogrado dramaturgo, Angel Guimerá, en su tragedia *Jesús que vuelve*, debió recordar a Bolívar pintándolo como un nuevo Lázaro, resucitado por los enormes dolores de las madres, los niños, los ancianos y cuantos más sufren todavía por causa de la guerra.

EL ABEL AMERICANO

Hace ya noventa y cuatro años de aquella horrosa mañana, en que la América sirvió de escenario a un grande e inicuo crimen, cuyas ignominiosas huellas no se borrarán con torrentes de lágrimas. En la selva de Berruecos, ubicada en la Provincia de Pasto (Colombia), el plomo vil y asesino segó la vida ilustre del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre.

¿Cuáles fueron los móviles del crimen? ¿Quiénes instigaron el asesinato del noble Mariscal, del «Abel Americano», según la sentida exclamación del Libertador?...

Los móviles fueron los mismo que habían afilado poco antes, en Bogotá, el puñal de Setiembre. Los asesinos, eternamente malditos como Caín y Caifás, fueron los generales colombianos Obando y López, los más próximos y visibles inspiradores del crimen, según se desprende una montaña de libros en la que se destacan, principalmente, tres

notables literatos: el polemista guatemalteco José Antonio de Irisarri; el historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna, y el publicista colombiano Juan B. Pérez y Soto.

Fueron Obando y López — dos hienas del Nuevo Mundo — quienes arreglaron e hicieron ejecutar el atroz asesinato en la selva de Berruecos, el 4 de Junio de 1830, a las 9 de la mañana, empleando como brazos verdugos a los siguientes chacales: José Erazo y Juan Gregorio Rodríguez, colombianos; José Cuzco y Andrés Rodríguez, peruanos, y Apolinar Morillo, venezolano.

El 28 de Noviembre de 1842, Apolinar Morillo confesó la horrible tragedia, divulgando al verdadero instigador, general Obando, sobre quien ya pesaba notoria sospecha. Dijo Morillo los nombres y nacionalidades de aquéllos que le acompañaron en tan vil empresa, informando que los dos peruanos y el colombiano Juan Gregorio Rodríguez habían sido envenenados por mano de José Erazo, quien también había muerto ya, sin duda estrangulado por las tenazas de la conciencia!... Apolinar Morillo confesó, ante los Sagrados Evangelios, la macabra escena de Berruecos, al cabo de doce años de haberse cometido. ¡Oh, fuerza del remordimiento!

El criminal, presa de honda crisis del espíritu, hizo que fueran a verle los sacerdotes bogotanos, Antonio Herrán y Antonio Margallo. Se arrodilló ante ellos y, entre lágrimas, sollozos y estertores, confesó el pavoroso crimen del 4 de Junio de 1830.

¡Malditos, mil veces malditos sean los asesinos del noble vencedor de Ayacucho!

* * *

Eran tiempos de nefandas agitaciones políticas y, como en charca removida, habían subido a la superficie verdes espumarajos...

Recién entraban al ejercicio de la Democracia los pueblos libertados por la espada luminosa de Bolívar. Su pureza y elevación, como sol en el cenit, cegaba de envidia a los dirigentes de las «facciones», cuyos gratuitos odios forzaban ya los diques de la prudencia. Muchos de estos hombres — valientes soldados en las grandes batallas de la Independencia — exigían las consagraciones de la gloria absoluta y el inacabable botín con que los romanos de la decadencia premiaban a sus Emperadores.

Bolívar, Sucre, Rafael Urdaneta, Mariano Montilla, Carlos Soublette, Bartolomé Salom y Diego Ibarra eran la valla moral que los detenía, eran la

panoplia de ilustres espadas, prontas para el castigo...

Qué hacer?... Cómo librarse principalmente del gran Libertador y de su noble Mariscal?...

En los arenales de esas conciencias el crimen levantó su triangulada testa de sierpe. El atentado de Chuquisaca tuvo eco en Bogotá, en Setiembre de 1827. Las balas que no pudieron asesinar esa noche, debido al temple de Manuelita Sáenz, reserváronse para la mañana del 4 de Junio de 1830.

Ni la ignorancia del medio, ni la ciega emulación que pronto habrían de fraccionar a Colombia la Grande, podrán jamás atenuar, siquiera en un ápice, el asesinato del nobilísimo Mariscal de Ayacucho, como el rojo torbellino de la Revolución Francesa, los siglos de hambre y dolor sufridos por el pueblo de París, nunca atenuarán el bárbaro asesinato de la Princesita de Lamballe.

Sucre, el más noble y modesto, el más hábil y valiente de los generales de Bolívar; Sucre, personificación misma de la verdad y la honradez; el sufrido coronel de la Guayana y la isla Margarita; el general táctico que liberta en Pichincha al Ecuador; Sucre, el héroe de Arequipa y Alto Perú, ante quien se descubre lleno de asombro el viejo general Arenales; Sucre, brazo y corazón en la muy grande y caballerisca batalla de Ayacucho,

que sella la libertad de Sud-América; Sucre, paradigma del desprendimiento en la Presidencia de Bolivia, reivindicador de Colombia en la desigual jornada de Tarqui, modelo de moderación en las desatadas intrigas de los *facciosos* de Bogotá y Valencia; Sucre, siempre sencillo y obediente, siempre desinteresado y siempre leal, merecía la adoración unánime de sus contemporáneos y no la muerte vil y traidora que, dede hace noventa y cuatro años, llora la América, enrojecida de vergüenza!...

¡Maldición, maldición eterna para los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho!

* * *

Cuando llegó a Quito el fiel ordenanza guayaquileño, que sólo pudo escapar por haberse fingido muerto a la primera descarga de los asesinos, era, en la heroica ciudad ecuatoriana, el jueves 10 de Junio, fiesta de Corpus. Dolorida su alma de veterano de Pichincha, descompuesta la faz renegrada por tanto sol y tanta pólvora, el sargento Lorenzo Caicedo, ordenanza del Mariscal, atravezó las alegres calles de la ciudad, tirando de una soga a la mula « Ninfa », de cuyo robusto cuello aún colgaba un coágulo de sangre.

Lorenzo Caicedo, que asistió a la matanza del segundo « Huachi », y que cien veces habíase encarado con la Muerte, dijo llorando a Doña Mariana Carcelén de Sucre, Marquesa de Solanda:

— Unos bandidos asesinaron a mi General; aquí traigo, herida en el pescuezo, a la mula que montaba; sobre la « Ninfa » vienen la montura, las botas y el sombrero de mi General. A mí no me han matado porque caí como muerto de mi mula, a la primera descarga... Así que huyeron los bandidos recogí el cadáver de mi General... Dos balazos en la cabeza (su cabeza!, que concibió la batalla de Ayacucho) y otro balazo en el corazón (su corazón!, rosa de todos los perdones). Lo he dejado enterrado debajo de un árbol que yo sólo sé, para traerlo aquí cuando usted, mi Señora Marquesa, me lo ordene...

Lorenzo Caicedo no pudo más! Como el mensajero de Maratón había caminado sin reposo durante cinco días, huyendo de todo el mundo para escapar del cubil de las hienas; había caminado por los tremedales, los precipicios y los desiertos, curando la herida de la mula « Ninfa », padeciendo heroicamente sed y hambre, como la había soportado después de la derrota del segundo « Huachi » y antes de las victorias de Ayacucho y Tarqui, con el mismo temple del soldado que avisó a la Grecia estupezada la derrota de los invasores persas.

Lorenzo Caicedo es el relato palpitante del horrible crimen, es el testigo, el dedo acusador que Dios dejara sobre la tierra para estigmatizar, eternamente, a los preparadores y ejecutores del asesinato de Berruecos. El ordenanza guayaquileño conduce hasta Quito la mula, las botas y el sombrero del Abel Americano; el fiel ordenanza le ha enterrado bajo un árbol que solamente él sabe. Desmayado y caído a los pies de la viuda de Sucre, Lorenzo Caicedo es la conciencia americana, el dolor ecuatoriano y la piedad quiteña que ha de recoger más tarde, como cosa propia y hondamente querida, los sagrados huesos de Antonio José de Sucre, el primero entre los grandes generales de Bolívar, el primero por su talento, su corazón, su valor, su bondad, su modestia y su martirio!

¡Malditos, mil veces malditos los generales Obando y López y sus cómplices ejecutores: José Erazo, Juan Gregorio Rodríguez, Juan Cuzco, Andrés Rodríguez y Apolinar Morillo!

* * *

La noticia del crimen corrió en Quito con la velocidad del relámpago. A los pocos minutos el pueblo, que años antes había presenciado desde sus

balcones la batalla libertadora de Pichincha, descolgaba de los mismos balcones los brocados y tapices ofrecidos por la devoción a la ceremonia de Corpus.

Cestos de flores, listos para ser desparramados al paso de la procesión, empleáronse en tejer coronas y cubrir con ellas la llamada « Casa Azul », mansión solariega de los Marqueses de Solanda y, a la época del crimen, residencia en Quito del Gran Mariscal de Ayacucho.

Doña Mariana Carcelén y Larrea viuda de Sucre, enciérrase con su huérfana hija, Teresita Sucre, en el más severo mutismo. Comprende la noble dama los móviles del crimen y la vasta fuerza de los asesinos.

¡Las facciones!... Las facciones tienden por toda la Gran Colombia sus criminales tentáculos.

— Tú — dice la Marquesa al ordenanza guayaquileño — cálla; a nadie digas palabra, ni a tu misma mujer; cálla y espera el día en que te ordene me traigas aquí los restos del Mariscal.

Lorenzo Caicedo agacha la cabeza, se arrodilla y jura no contar a nadie el lugar de Berruecos donde él ha enterrado al Gran Mariscal de Ayacucho. Sabe, por su patrona, la Marquesa, que los asesinos son muchos, que no matan a Bolívar porque el Libertador ya está medio muerto, consumido por las campañas, las vigiliass y las ingra-

titudes; sabe, por su patrona, la Marquesa, que ya que los asesinos no se atreven a victimar a Bolívar en su *hospital* de San Pedro Alejandrino, muy luego asesinarán a su hija predilecta, la Gran República de Colombia!

* * *

Hasta el año 1841 la viuda de Sucre mantiene ocultos, en su hacienda « El Deán », los restos del Abel Americano. En ese año, junto con los huesitos de Teresita Sucre y Carcelén, los mortales despojos del insigne cumanés son cristianamente sepultados en la iglesia del Carmen Bajo.

Al año siguiente de esta luctuosa ceremonia un gran Consejo de Guerra, presidido en Bogotá por el general Ramón Espina, condena a muerte al teniente coronel Apolinar Morillo, criminal convicto y confeso. Se le pasa por las armas, como asesino de Sucre, declarándose que en la persona de Apolinar Morillo la justicia de Colombia fusila también a los demás chacales, muertos los unos por el veneno de José Erazo, muertos los otros por las torturas del remordimiento.

Faltó valor al gran Consejo de Guerra para condenar también a *José María Obando*, heredero de la espada del general Santander y ex-Presidente

de Colombia; pero Dios lo sigue; Dios lo sigue y lo estrecha en Cundinamarca, en « Puente de Tierra », donde sus mismos soldados lo hacen picadillo a golpes de lanza!

En parte Justicia fué hechal... Ciertamente que faltó al Consejo de Guerra el temple moral que lo habría hecho eterno a la gratitud de toda la América, como eterno de admiración será Don Ramón Castilla, quien, como Presidente del Perú, se negó a recibir, en el carácter de Plenipotenciario Colombiano, al asesino José María Obando.

Castilla, nacido en una astrosa aldea de Tarapacá, fué hombre de escasísima cultura, pero de acertado discernimiento. Abusaba del chiste criollo, más, cuando quería hablar en serio, exclamaba, lleno de orgullo: — Cara...coles! He peleado en Ayacucho, bajo las órdenes de Sucre!

Ordenanza Lorenzo Caicedo, General Francisco Espina y Mariscal Ramón Castilla: América os debe gratitud por vuestro noble proceder!

José Antonio de Irisarri, Benjamín Vicuña Mackenna y Juan Bautista Pérez y Soto: la Humanidad aplaude vuestra sed de sanción!

ESPAÑA Y NOSOTROS

El gran poeta cuencano, don Luis Cordero, en una de sus bellas e inspiradas Odas, dedica a la noble España unos apóstrofes cuya substancia creo recordar: « Madre! Si somos tus hijos, sangre de tu sangrè y carne de tu carne, qué te sorprende que te hayamos vencido? ».

Éramos efectivamente — en lo que fué Real Audiencia de Quito — muy castellanos, tal vez los más españoles del Continente (¡y a mucha honra!) por la rigidez de la fe, la hidalguía del obrar, la templanza del carácter y lo aparatoso del coraje. Éramos tan españoles que resultó muy lógico el *decanato* de rebelión armada, condensado en el Acta de Independencia del 10 de Agosto de 1809.

¡Al flanco de la Augusta Leona el cachorro crecido lanzaba su zarpazo!

Larga, sangrienta y dolorosa fué nuestra lucha contra España. Asesinatos en masa, de inermes prisioneros; montones de cadáveres como epílogos de nuestra derrotas en las que los peninsulares se

mostraban inmisericordes; fusilamientos a destajo de jefes tan valientes como ellos, hijos más cercanos del Cid, Guzmán el Bueno y Juan Padilla. Los coroneles patriotas: Carlos de Montúfar, Francisco Calderón, Feliciano Checa, Manuel Matheu, Manuel Aguilar y Basilio García fueron fusilados en los mismos campos de batalla, por el alarde manchego de enfrentarse con fuerzas mayores, como don Alonso Quijano, arremetiendo contra los yangüeses o contra los mil endriagos de la Cueva de Montesinos...

Fueron los bravos quiteños los que comenzaron la desmembración colonial de España. Fuimos nosotros, los hijos inquietos y rebeldes, los primeros en reclamar de nuestra Augusta Madre la hijuela de bienes materiales, pues que ya habíamos heredado esas nobles virtudes que han hecho y harán de Ella su excepcional grandeza: ¡Honor y Valor!

Otra nación que no fuera España debería sentir por nosotros cierto justo rencor, cierta estirada indiferencia, como la de la Gran Bretaña por los Estados Unidos y la de Alemania por las Provincias Valonas; pero España es y será siempre el suelo de la perfecta Hidalguía y, en tratándose del Ecuador, cuna del Cervantes americano, Juan Montalvo, ella supo mostrar primeramente su admiración y luego su respeto y simpatía.

* * *

Conforme a las « Capitulaciones » firmadas en Quito el 25 de Mayo de 1822, nuestro territorio quedó completamente libre de toda fuerza española; y allí se habría estado, gozando de absoluta tranquilidad, otro pueblo que no fué el de Ecuador.

¡Hijos de leona, oteamos en derredor dónde poder dar nuevos zarpazos! El Perú estaba allí, al sur, aún encadenado al poderío español, y al Perú volamos, como ya se ha descrito en las páginas dedicadas a la Batalla de Ayacucho.

Repetimos que otra nación que no fuera España debería habernos tenido manifiesta inquina; pero ella, conforme a los líricos apóstrofes del poeta Cordero, sintió orgullo de sus propios hijos y en la hora de la paz no pudo esconder las sonrisas de la benevolencia.

Aún estaban húmedos de sangre ibera, en el año 1840, los campos de Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho. Toda la América vivía llena de inquietudes, y era tema corriente en las conversaciones el hablar de la « reconquista de España ». Más tarde, el bombardeo de Valparaíso y el combate del Callao (1865-66) dieron plena confirmación a tales rumores.

Sin embargo, en el año 1840, que ya hemos mencionado arriba, gobernaba el Ecuador un eminente americano, un diplomático de primera fuerza que antes que a su patria, había servido en Europa a Méjico y la Nueva Granada. Este hombre, orgullo de la Nación Ecuatoriana, fué don Vicente Rocafuerte.

Su vasta cultura, su larga residencia en los grandes centros europeos, su contacto y amistad con los Embajadores de España en las metrópolis del Viejo Mundo, le habían convencido de que nuestra rebelión del año 1809, por tan arrojada y desigual, era más bien motivo de admiración que de acerbo rencor entre los españoles.

Un trabajo diplomático, ejecutado con sagacidad y cordura, podría lograr lo que Rocafuerte ambicionaba para su Patria: el solemne reconocimiento del Ecuador, como estado libre y soberano, por parte del Reino de España.

Precisaba el hombre capaz de tan laboriosa empresa. Rocafuerte lo buscó y pronto lo halló en otro distinguido americano y habilísimo diplomático: don Pedro Gual, orgullo de Venezuela, hombre cumbre de la América por los grandes servicios que prestó como soldado, como estadista y especialmente como diplomático, pues fué uno de los mejores de su época.

* * *

Entre las muchas cualidades que distinguieron al Gobierno de Rocafuerte, fué la más notable la severa honradez con que se administraban las escasísimas rentas del Fisco, sobre todo a raíz de la Administración Floreana, en que fué tanta la inmoralidad de los empleados públicos que éstos hasta falsificaron la moneda...

Rocafuerte, que se había distinguido en los colegios de Inglaterra por su capacidad de economista tuvo más tarde, como Plenipotenciario Mejicano y como Presidente del Ecuador, oportunidades de exhibirla en forma práctica y sobresaliente.

La Misión Gual, encargada de negocio tan difícil, partió para Madrid, escasamente pagada, ceñida a los contadísimos recursos que en ese tiempo formaban el Haber ecuatoriano. Por fortuna, el eminente Gual era del mismo leño de Rocafuerte: varón muy íntegro, de un pundonor exagerado, hombre de los que hoy casi no se encuentran...

Mientras en el resto de América se daba por seguro el fracaso de la Misión Gual, visto que no iba cargada de oro para instalarse en un gran pa-

lacio donde obsequiar con opulencia a la Corte de España, el Presidente del Ecuador y su Ministro Plenipotenciario se sentían cada vez más seguros del triunfo; pues ambos eran varones de alta mentalidad, que más que a los oropeles materiales confiaban el éxito a las proezas ontológicas del espíritu.

Don Pedro Gual llegó a Madrid, presentó brillantemente sus credenciales y fué recibido con notoria deferencia por los altos personajes de la Corte, que bien le sabían soldado de la guerra magna, uno de los asaltantes de Cartagena con Mariano Montilla a la cabeza, diputado vehemente del Congreso de Cúcuta, tratadista habilísimo y generoso negociador del Tratado de Guayaquil, que detuvo la marcha de Colombia victoriosa sobre el Perú derrotado en Tarqui, en el año de gracia de 1829.

Fué en Madrid don Pedro Gual objeto de especiales atenciones, sin que nadie comentase la modestia con que vivía, pues era fácil comprender que, representando Gual un país de escasos recursos económicos, mal podía andarse brindando banquetes y saraos. Al poco tiempo de hallarse en la Villa del Oso y el Madroño, Gual trató con la Corte el asunto-eje de su misión, logrando firmar el Tratado por el cual España reconocía al Ecuador

como a la *primera* República libre, soberana e independiente en los territorios que fueron vastas posesiones de su Monarquía.

Si fuimos los ecuatorianos los *primeros* en proclamar la independencia, era muy justo que tuviésemos también el procerato del reconocimiento por nuestra Madre, España!

Este gran triunfo diplomático que, sirviendo de alivio, dio la iniciativa a los otros países, lo debimos a la perspicacia de Rocafuerte y al talento de don Pedro Gual, quien tanto amó a nuestra tierra, sirviéndola señaladamente en 1829 y en 1840, y ofrendándole, por último, sus venerandas reliquias, el 6 de Mayo de 1862, día en que cerró los ojos en la ciudad de Guayaquil.

FIN.

INDICE

Dedicatoria	<i>Pág.</i>	7
Luz de América		9
Sangre de martirio		17
El Héroe de Mocha		25
A Quito en el 10 de Agosto de 1809		31
Miranda y la primera bandera libre de América		33
El abolengo de Bolívar		41
El Clero en la independencia		49
La personalidad del Libertador		55
Guayaquil, su independencia y su diplomacia		73
A Guayaquil		83
Batalla de Pichincha		85
Al Ecuador		95
La casa de Bolívar y el cubil de Boves		97
Ayacucho		107
El Congreso de Panamá y la Sociedad de las Naciones		123
El Abel Americano		133
España y nosotros		143